



Luigi Lunari.

# Dirección Prohibida

(Tre sull' altalena)

de  
LUIGI LUNARI

Versión de Jaime Salom

(La traducción de esta obra ha contado con una ayuda de la Comisión Europea)

## ADVERTENCIA

*El autor aconseja a quienes lleven a escena esta obra, sea en versión original o en una traducción extranjera que representen unas 9/10 (nueve décimas) de las palabras que la componen. Los cortes se dejan a la discreción del director y/o los intérpretes. Se aconseja, naturalmente, que corten lo que les resulte menos bien o menos divertido. En el caso que no encuentren donde están los puntos débiles, recurran a juegucitos como «cara o cruz» o al «pito, pito» y adelante.*

L. L.

## ACTO 1º

### *Cuadro primero*

*Una gran habitación que lo mismo podría ser la sala de espera de una oficina lujosa, el salón de lectura de un gran hotel o algo por el estilo. Al fondo, gran ventana que da sobre la ciudad. Unas butacas, una nevera disimulada dentro de un mueble, una mesita con revistas y un mostrador o mesa claramente destinado a recibir al personal. Tres puertas, una a la derecha, otra a la izquierda y una tercera que se debe imaginar en el prosce-*

nio, cara al público. Estas son las puertas de entrada. Hay una cuarta puerta, bien visible al público, que conduce al servicio. El primer personaje que aparece en escena es el Sr. Rossi, que hará su entrada precisamente por la puerta que se supone está en el proscenio, es decir en la «cuarta pared». Llega por el patio de butacas, y sube por la escalerilla al escenario (esté o no esté echado el telón poco importa). El Sr. Rossi se encuentra frente a una puerta cerrada, a la que llamaremos puerta número 1 y realiza todos los gestos que se suelen hacer en estos casos. Toca un timbre, o llama a la puerta, espera unos segundos vuelve a tocar el timbre o a aporrear la puerta. Da un paso atrás, como para comprobar el número que hay en la puerta, o la placa, y por fin al no tener respuesta se decide a entrar. Da la vuelta a la manija y entra (Nota: también puede situarse esta puerta en escena, bien visible y practicable).

**SR. ROSSI.-** Por favor ... ¿Se puede entrar? (Tose ostensiblemente) ¿Oiga? Por favor... ¿Hay alguien? (Parece perplejo y contrariado. Sin embargo como no es un hombre dispuesto a perder su tiempo, abre otra de las puertas, saca la cabeza por ella y vuelve a la habitación) No, aquí no parece que haya nadie (Repite la operación con la segunda puerta) ... ¿No hay nadie? Oiga... Tampoco. (Abre ahora la puerta del servicio) Ah, esto es el retrete... (Y cierra la puerta. Pero enseguida reflexiona y llama a la puerta) ¿Está ocupado? (en vista de que nadie le responde, entra en el servicio y cierra la puerta).

(Unos segundos después alguien llama a la puerta que llamaremos en adelante puerta número 2. Como nadie contesta, el recién llegado vuelve a llamar. A la tercera e infructuosa tentativa, la puerta se entreabre y aparece la cabeza del Capitán, de paisano, que tímidamente contempla la habitación).

**CAPITÁN.-** Con permiso... ¿se puede entrar? ¿Hay alguien? (entra y echa una mirada alrededor. Tose discretamente para llamar la atención. Vuelve a abrir la puerta nº2 y comprueba por la parte de fuera la exactitud de la dirección. Parece un tanto perplejo. Vuelve a entrar y se dirige a la puerta que llamaremos puerta nº 3, la abre, entra de nuevo, la cierra y repite la misma operación en la puerta nº 1 (está en el proscenio o en el decorado) y luego prueba en la puerta del servicio. La puerta se abre pero se cierra de golpe, inmediatamente, tirada con fuerza desde el interior, como sucede en estos casos mientras una voz estentórea grita:)

**SR. ROSSI.-** (Desde el retrete) ¡Ocupado!

**CAPITÁN.-** Perdón (Se retira tranquilizado al saber que hay alguien en la casa. Mientras espera que el otro salga del servicio silba unas notas y hace algunas flexiones militares. Finalmente el ruido de la cisterna le anuncia que su espera va a termi-

nar, y hace un gesto de satisfacción.) Por fin, ya era hora...

(Sale el Sr. Rossi del servicio, con aire satisfecho, pero al ver al capitán toma otra actitud más digna)

**SR. ROSSI.-** Perdóneme, pero al ver que no había nadie, me he permitido, mientras esperaba, aprovechar...

**CAPITÁN.-** Por favor, para eso está.

**SR. ROSSI.-** ¿Quién?

**CAPITÁN.-** El servicio, el retrete...

(El Sr. Rossi ha dejado la puerta abierta para su sucesor.)

**SR. ROSSI.-** Pase, pase usted...

**CAPITÁN.-** ¿Perdón?

**SR. ROSSI.-** Ah, creía que...

**CAPITÁN.-** No, gracias. No lo necesito... (El capitán espera a que el Sr. Rossi haya cerrado la puerta) Eh... El Sr. Anselmi, supongo.

**SR. ROSSI.-** No.

**CAPITÁN.-** Entonces... discúlpeme... ¿dónde está el Sr. Anselmi?

**SR. ROSSI.-** Yo qué sé. No le conozco

**CAPITÁN.-** Ah ¿pero usted no es...?

**SR. ROSSI.-** ¿Yo?... yo tengo aquí una cita...

**CAPITÁN.-** ¿Pero no con el Sr. Anselmi?

**SR. ROSSI.-** Ya le he dicho que no le conozco.

**CAPITÁN.-** ¿Con el Sr. Degradá?

**SR. ROSSI.-** No

**CAPITÁN.-** Entonces ¿con el ingeniero Felicetti?

**SR. ROSSI.-** Tengo una cita con... Bueno, con una señora.

**CAPITÁN.-** Ah, ¡perdón!, ¡perdón!

**SR. ROSSI.-** ¿Que significa eso de «perdón, perdón»?

**CAPITÁN.-** Bueno... yo soy de la vieja escuela, ¿qué quiere? y cuando oigo hablar de una señora, digo siempre... perdón, perdón. Por delicadeza, por discreción, virtudes siempre presentes en el ejército, se diga lo que se diga.

**SR. ROSSI.-** Ah, ¿usted es militar?

**CAPITÁN.-** Retirado. Del servicio secreto. La discreción no sólo por galantería sino como regla primordial.

**SR. ROSSI.-** Le aseguro que en mi caso... esa dama...

**CAPITÁN.-** ¡Perdón, perdón!

**SR. ROSSI.-** En dos palabras, yo le aseguro que...

**CAPITÁN.-** ¡Perdón, perdón!

**SR. ROSSI.-** De todas maneras... yo sólo deseo saber si la señora ha llegado o no ha llegado.

**CAPITÁN.-** Lo ignoro

**SR. ROSSI.-** La señora Analissa... ¿sabe usted por casualidad si ha venido ya?

**CAPITÁN.-** No. No sé porqué tendría que saberlo.

**SR. ROSSI.-** ¿Pero usted no forma parte, aquí del...? ¿No será por casualidad el propietario... de este... en fin, de este...?

**CAPITÁN.-** ¿Yo? Es la primera vez que vengo.

**SR. ROSSI.-** Entonces, ¿porqué se mete usted en lo que no le importa?

**CAPITÁN.-** Sencillamente he dicho que no entiendo...

**SR. ROSSI.-** Yo tengo una cita aquí con una señora. Esa señora no ha llegado todavía... así que voy a esperarla.

**CAPITÁN.-** Entonces podemos esperar juntos. Porque yo tengo una reunión con un tal Sr. Anselmi que usted se empeña en no conocer.

**SR. ROSSI.-** Yo no me empeño en nada. A ese Anselmi, o como se llame, no lo he oído nombrar jamás.

**CAPITÁN.-** Si usted insiste en que el Sr. Anselmi todavía no ha llegado... muy bien. Le esperaré. Ya ve usted, yo creía que usted formaba parte de esta oficina.

**SR. ROSSI.-** ¿De qué oficina?

**CAPITÁN.-** ¿De cuál va a ser? De ésta.

**SR. ROSSI.-** Esto no es una oficina. Esto es... una pensión.

**CAPITÁN.-** ¿Una pensión? ¿Esto no es la «INFOMAC»?

**SR. ROSSI.-** ¿INFOMAC?

**CAPITÁN.-** ¿No es la séptima planta?

**SR. ROSSI.-** Sí, pero...

**CAPITÁN.-** ¿Y no es la INFOMAC?

**SR. ROSSI.-** Claro que no. Esto es la pensión Aurora. Es inútil que busque en la puerta. No hay ninguna placa, ya lo he mirado. Pero de todas maneras esta es la pensión Aurora.

**CAPITÁN.-** (*Sacando una carta del bolsillo, lee la dirección*) Calle Caballería nº 1.

**SR. ROSSI.-** Ahora lo entiendo todo. Usted se ha equivocado de dirección. Este es el nº 2 de la Plaza del Carmen.

**CAPITÁN.-** Imposible. ¿Está seguro?

**SR. ROSSI.-** Completamente.

**CAPITÁN.-** Esto explica el retraso del Sr. Anselmi. Si me equivoco de lugar no voy a pretender que me espere aquí, y encima a la hora fijada. Ja, Ja, ... ¡Ésta sí que es buena! Sin embargo esto es muy raro porque yo suelo ser muy exacto en las direcciones... quizá puedo equivocarme alguna de vez de fecha pero nunca de dirección. Pero he de rendirme a la evidencia. Por eso no nos entendíamos. Usted tiene una cita con su amiguita...

**SR. ROSSI.-** ¡Por favor!

**CAPITÁN.-** ¡Perdón, perdón! Quizá es un poco de envidia, sabe usted... Por que yo... yo ya no suelo tener esa clase de citas... El Sr. Anselmi se dedica a maquinaria para reciclar tubos de dentífrico, figúrese. Ja, ja... como ve, no es precisamente lo mismo. ¡Hombre feliz! (*El Sr. Rossi se impacienta y mira ostensiblemente su reloj de pulsera*) Pero... quizá prefiera que le deje solo... ¡Vaya, vaya...! Pensión Aurora ¿Eh? Sin ninguna placa en la puerta... Y usted esperando a una dama, perdón, perdón. Una pensión muy discreta, desde luego. ¿Y la dirección es...? ¡Perdón, perdón! No quisiera ser indiscreto. Además ya me lo ha dicho, Plaza del Carmen, 2. Repito: Plaza del Carmen, 2. Bueno es saberlo. Y ahora ... adiós, hasta la vista. Ha sido un placer.

**SR. ROSSI.-** (*Un tanto frío*) Vale, vale... Buenos días

**CAPITÁN.-** Capitán Bigognari. Honradísimo.

**SR. ROSSI.-** Encantado

**CAPITÁN.-** Perdón... no he cogido su nombre. ¡Ah! .... comprendo: ¡perdón, perdón!. Claro. Buenos días.

*(Sale por la misma puerta que había entrado, es decir por la puerta nº 2. El Sr. Rossi lanza un suspiro de alivio pero enseguida vuelve a su preocupación y sigue buscando).*

**SR. ROSSI.-** Por favor... ¿Se puede pasar? ¡Pero es que no hay nadie en esta casa! Analissa... Analissa? *(Nada. Toma una revista de la mesilla y se sienta. Pero apenas ha tenido tiempo de abrirla, cuando llaman a la puerta nº 3) ¡Adelante! (La puerta se abre y aparece El Profesor.) ¡Por fin!*

**PROFESOR.-** ¿Se puede entrar?

**SR. ROSSI.-** Pase, pase. Buenos días.

**PROFESOR.-** Buenos días. Espero no haber llegado demasiado tarde.

**SR. ROSSI.-** Yo que sé. Le he dicho «por fin» porque «por fin» viene alguien. ¿Usted es...?

**PROFESOR.-** Sí...

**SR. ROSSI.-** ...¿La señora Analissa?

**PROFESOR.-** ¡¿Yo?!

**SR. ROSSI.-** Pregunto si ha llegado Analissa.

**PROFESOR.-** ¿Y qué se yo?

**SR. ROSSI.-** Perdona, ¿usted no es el propietario... o el director...?

**PROFESOR.-** ¡Que más quisiera yo!

**SR. ROSSI.-** ¿Entonces por qué se entromete en esto?

**PROFESOR.-** ¿Yo? Es usted quien me ha confundido con esa Analissa. ¡Y es la primera vez en mi vida que me han confundido con una señora!

**SR. ROSSI.-** ¿Se puede saber quién es usted y qué coño quiere?

**PROFESOR.-** Sólo vengo a recoger un paquete... de pruebas de imprenta. Por lo que veo usted no está al corriente de eso.

**SR. ROSSI.-** En efecto. No sé nada. Y si lo que quiere es recoger un paquete tómelo y váyase. Pero hágalo deprisa, es lo único que le pido.

**PROFESOR.-** Le veo a usted muy nervioso.

**SR. ROSSI.-** No estoy nervioso, al contrario, estoy muy tranquilo. Pero no tengo ningún interés en conversar con nadie. Estoy aquí porque tengo una cita con una... persona y no desearía que...

**PROFESOR.-** Comprendo, comprendo. Pero no tiene usted por qué tomarla conmigo. Usted está aquí por

un asunto suyo, y yo por un asunto mío. Y no entiendo porqué he de irme a toda prisa, aunque hubiera retirado el paquete.

**SR. ROSSI.-** Tiene usted razón. Estoy nervioso. Le ruego me disculpe...

**PROFESOR.-** No tiene porque excusarse. En el mundo en que vivimos cualquiera tiene derecho a estar nervioso. Yo soy quien pide disculpas, por no haber adivinado enseguida que usted...

**SR. ROSSI.-** ¡¿Yo qué?!

**PROFESOR.-** No lo sé. No lo sé. Ni quiero saberlo.

**SR. ROSSI.-** Me habla como si yo tuviera algo vergonzoso que ocultar.

**PROFESOR.-** ¡Por el amor de Dios!. Yo sólo digo que... cada cual tiene sus problemas y un montón de razones para estar nervioso... Le ruego, otra vez, que me disculpe.

**SR. ROSSI.-** Y yo le pido perdón otra vez.

**PROFESOR.-** Es usted muy amable.

**SR. ROSSI.-** Muchas gracias.

**PROFESOR.-** No, no, gracias a usted.

**SR. ROSSI.-** Por favor....

*(Una pausa. Ambos tosen)*

**PROFESOR.-** Puedo mirar por si por casualidad estuviera ahí mi paquete.

**SR. ROSSI.-** Con toda libertad.

**PROFESOR.-** Gracias. *(Busca en el mostrador)* No, aquí no hay nada. Una Biblia, periódicos, un bloc de pedidos... y... ¡qué curioso!: una guía telefónica de Singapur.

**SR. ROSSI.-** ¿De dónde?

**PROFESOR.-** De Singapur.

*(El Sr. Rossi levanta los hombros sin interesarse demasiado. Mientras El Profesor sigue buscando su paquete, por su parte el Sr. Rossi sigue investigando.)*

**SR. ROSSI.-** ¡Por favor! ¡Hay alguien!

*(De pronto la puerta nº 2 se abre y entra el Capitán resoplado e irritado y se dirige al Sr. Rossi.)*

**CAPITÁN.-** ¿Por qué ha dicho que me había equivocado de dirección? Yo no me he equivocado para nada. Como le he dicho yo puedo cometer errores

con los nombres o con las fechas, pero con las direcciones, ¡jamás!. (Ve al Profesor). Muy buenos días.

**PROFESOR.**- Buenos días.

**CAPITÁN.**- Perdóneme usted, pero ese individuo me ha hecho bajar y subir siete pisos, diciéndome que aquí estamos... ¿dónde dijo que estábamos?

**SR. ROSSI.**- En la Plaza del Carmen nº2.

**CAPITÁN.**- (Al Profesor) ¿Lo ha oído usted? Dígale, dígame usted dónde estamos.

**PROFESOR.**- ...En efecto, señor, no estamos en la plaza del Carmen.

**SR. ROSSI.**- (Bruscamente tiene una sospecha) ¡Dios mío! ¿Está usted seguro?

**PROFESOR.**- Completamente.

**CAPITÁN.**- ...¿Lo ve usted?

**SR. ROSSI.**- ¡Dios, Dios, Dios!... ¡Entonces el que se ha equivocado, soy yo! Lo siento, lo siento muchísimo. Le aseguro que yo tampoco suelo equivocarme así. Me he portado como un estúpido. Qué habrá pensado usted de mí...

**CAPITÁN.**- Bueno, bueno, tampoco es una tragedia. Subir y bajar siete pisos no es agradable, pero a veces ocurren estas cosas hasta en las mejores familias, como suele decirse. Pero usted, perdóneme, usted tenía una cita a las cinco... con... con esa prima suya... y va a llegar Ud. tarde. Tendrá que darse prisa.

**SR. ROSSI.**- Tiene usted razón. ¡Qué barbaridad! ¡Me voy corriendo! Y perdóneme otra vez. Ha sido un placer. Ernesto Rossi, hasta la vista... Disculpen mi prisa. (Hace mutis por la puerta nº1) (Mientras corre por el pasillo del patio de butacas, va refunfuñando) Si seré estúpido. Eso me pasa por andar con prisas. Y esa, como yo llegue con retraso es muy capaz de largarse... Precisamente la primera vez... con todo lo que me costó convencerla. A la mierda yo y mis prisas... (Y así desaparece).

**CAPITÁN.**- Soy el capitán Bigogniari. Buenos días. ¿Se da usted cuenta? ¡Quería hacerme creer que me había equivocado de dirección! Yo, no recuerdo haberme equivocado de dirección en mi vida. Pero lo decía tan convencido que he caído en la trampa como un tonto, y me he marchado corriendo. Claro que al llegar abajo, lo he comprobado, y naturalmente he visto que no me había equivocado, en absoluto. Lo cual, conociéndome, no me extraña nada. Y en cierta manera me ha animado. Hace un tiempo yo me especialicé en

minutereros... ¿entiende?... para las bombas de relojería, servicio secreto, naturalmente; nunca en privado, claro. Todo está bien si acaba bien. Podré decir la famosa frase: Creí que me equivocaba, pero estaba equivocado. Y en esas cosas... no equivocarse, tiene una cierta importancia... El señor Anselmi, supongo.

**PROFESOR.**- ¿Cómo dice? No.

**CAPITÁN.**- ¿No?

**PROFESOR.**- No.

**CAPITÁN.**- A mí me había citado un tal señor Anselmi...

**PROFESOR.**- Pues ese no soy yo.

**CAPITÁN.**- ¿Seguro?

**PROFESOR.**- Por supuesto. Usted estará seguro de sus direcciones, pero yo estoy seguro de mi identidad. Así que, por lo que me dice, no forma parte del personal de esta oficina.

**CAPITÁN.**- Yo creí que era usted el que formaba parte de ella.

**PROFESOR.**- Oh, no. Yo sólo he venido a recoger unas pruebas de imprenta para corregir... De uno de mis libros....

**CAPITÁN.**- ¿Es usted escritor?

**PROFESOR.**- Sí. Un libro que están editando aquí, en la editorial Minerva.

**CAPITÁN.**- ¡Esto no es ninguna editorial!

**PROFESOR.**- Claro que sí. Ediciones Minerva, S.L.

**CAPITÁN.**- Que va. Esto es la INFOMAC. Vaya, hombre, con que usted también se ha equivocado de dirección... ¡Qué gracia!

**PROFESOR.**- No, no. Avenida Pacini, 12.

**CAPITÁN.**- Que sí hombre, que usted también se ha equivocado. Acabo de comprobarlo hace un momento. Esto es: Caballería nº1, séptimo piso.

**PROFESOR.**- Imposible. Le he dado la dirección al taxi y me ha dejado frente al portal.

**CAPITÁN.**- Pero ¿Usted no conoce la casa editorial que edita su libro?

**PROFESOR.**- Es una sede nueva. Acaban de trasladarse y es la primera vez que vengo.

**CAPITÁN.**- Esto es INFOMAC, calle Caballería 1.

**PROFESOR.**- En la puerta no pone INFOMAC.

**CAPITÁN.**- Ni tampoco Editorial Minerva.

**PROFESOR.**- Ya le he dicho que acaban de trasladarse.

**CAPITÁN.**- Esto es INFOMAC... trabaja para los servicios secretos... ¿comprende? Reciclaje de material bélico... Me temo que usted ha bajado del taxi sin echarle siquiera una mirada ni al número ni al nombre de la calle.

**PROFESOR.**- Efectivamente me he metido directamente en el portal...

**CAPITÁN.**- Lo siento mucho.

**PROFESOR.**- Creo que tiene usted razón.

**CAPITÁN.**- Esto parece una verdadera epidemia. Un virus nuevo que hace equivocarse de dirección... Ja, ja...

**PROFESOR.**- Y lo peor es que de un momento a otro va a empezar el ejercicio de alarma antipolución. Y me va a pillar en la calle.

**CAPITÁN.**- Pues dese prisa.

**PROFESOR.**- Sí. Gracias. Me llamo Sapponaro, con dos «pes». Profesor Sapponaro.

**CAPITÁN.**- Capitán Bigognani... tal como se pronuncia. Encantado.

**PROFESOR.**- Igualmente. Hasta otro momento.

**CAPITÁN.**- Mi felicitación por ese libro...

**PROFESOR.**- *(Modestamente)* Oh, no es más que una novela policíaca...

**CAPITÁN.**- Entonces, la compraré.

**PROFESOR.**- Una novela policíaca pero... psicológica.

**CAPITÁN.**- De todas maneras la compraré. Se la regalaré a mi mujer.

**PROFESOR.**- Gracias.

*(Mutis por la puerta nº3, se queda solo el Capitán que sigue buscando).*

**CAPITÁN.**- ¿Hay alguien aquí? ¿Se puede pasar?.

*(Perplejidad del Capitán al no ver a nadie. Enseguida decisión, abre la puerta del servicio entra en él y se encierra. Una pausa. Poco después entra el Sr. Rossi muy irritado).*

**SR. ROSSI.**- Desde luego hay gente que se divierte haciendo perder el tiempo a los demás. ¡Calle Caballería! ¿Desde cuándo? Y yo que le he hecho caso ¡y encima le he pedido excusas! *(Mira su reloj de pulsera)* ¡Las cinco y media, que barbaridad! *(Va hacia el despacho y descuelga el teléfono)* Oiga, oiga, oiga... *(Con nerviosismo creciente toca varios botones del teléfono interior)* No contesta... ni siquiera hay línea... Probemos el 003. ¿Oiga? Por favor, quisiera una información...

**VOZ DEL TELÉFONO.**- Información. El servicio está suspendido momentáneamente a causa de la huelga del personal encargado... Lamentamos las molestias. Información. El servicio está...

**SR. ROSSI.**- *(Colgando con un gesto de ira)* Bravo. Yo se lo que me ocurre en estos casos. Me pongo nervioso y cuando ella llega... ¡zas!, el gatillazo.

*(Por la puerta nº 3 por la que había salido, entra de nuevo el Profesor, furioso, y se dirige a la única persona que se encuentra en escena, es decir al Sr. Rossi)*

**PROFESOR.**- ¡Eh, oiga! ¿Según usted, dónde diablos estamos exactamente?.

**SR. ROSSI.**- Dígamelo usted a mí.

**PROFESOR.**- Ya le he dicho que ésta no es la Plaza del Carmen

**SR. ROSSI.**- Entonces, según usted, esto sería la Calle Caballería.

**PROFESOR.**- ¿Calle Caballería? Que va. Estamos en la Avenida Pacini nº 12.

**SR. ROSSI.**- Hombre, esto es nuevo. ¿Quién se lo ha dicho?

**PROFESOR.**- Yo mismo acabo de verlo. Y para estar aún más seguro se lo he preguntado a un señor que pasaba por la acera, que por cierto habrá pensado que no sé leer. A propósito ¿dónde está el Capitán?

**SR. ROSSI.**- Yo que sé, se habrá ido, ¡a mí que me importa! Yo... esperaba una señora...

*(Ruido de agua desde el servicio.)*

Vaya, ahí debe estar su Capitán.

**PROFESOR.**- No es mi Capitán. Ni siquiera le conozco. Yo vengo a recoger unas pruebas...

**SR. ROSSI.**- De todas maneras lo acabo de confirmar, estamos en la Plaza del Carmen nº2.

**PROFESOR.**- No diga tonterías.

*(Sale el Capitán del servicio, con cara de alivio y satisfacción. Pero dicha satisfacción le dura poco porque el SR. ROSSI y el Profesor le increpan.)*

**SR. ROSSI.**- ¿Se puede saber a que está usted jugando?

**PROFESOR.**- Gracias a usted he tenido que subir siete pisos a pie.

**SR. ROSSI.**- Esta es la Plaza del Carmen.

**CAPITÁN.**- Esta es la Calle Caballería.

**PROFESOR.**- Esta es la Avenida Pacini.

*(Se pelean, cada cual defiende sus posiciones con frases como «yo he bajado a verlo», «yo estoy seguro», «hasta lo he preguntado a uno que pasaba», etc., etc., etc. En el momento álgido de la disputa, el Capitán reclama la atención de los demás e impone silencio.)*

**CAPITÁN.**- ¡Un momento! Calma, calma. ¡Ya está! ¡Ya lo tengo! Todo comprendido.

*(Los demás le miran sin convicción alguna pero el Capitán seguro de sí mismo, va y viene por la habitación, frotándose las manos con satisfacción.)*

Sí, sí. Todo está claro. No puede estar más claro. ¿Cómo no me di cuenta desde el primer momento? Elemental, querido Watson. Usted Profesor que escribe libros policíacos, permítame que se lo diga, ha perdido una gran ocasión. ¿Cómo explicar este pequeño misterio? ¿Eh?

**PROFESOR.**- ¿Pero qué misterio?

**CAPITÁN.**- Aquí estamos tres personas, mayores de edad, con buena salud física y mental... y mire usted por donde, los tres nos hemos equivocado de dirección.

**SR. ROSSI.**- Yo no me he equivocado para nada. Lo he comprobado.

**PROFESOR.**- Y yo me he «chupado» siete pisos a pie.

**CAPITÁN.**- Entonces, ¿quién se ha equivocado? ¿Yo? No, yo no, porque también lo he comprobado y he subido mis buenos siete pisos, y la dirección era exacta. Así pues, yo estoy en la Calle Caballería, usted en la Avenida Pacini y usted...

**SR. ROSSI.**- En la Plaza del Carmen.

**CAPITÁN.**- ¿Estamos acaso ante el misterio de la trinidad de direcciones? ¿Cómo puede explicarse?, ¿díganme? *(No contestan)*. *(Muy eufórico)* Miren por dónde el ejército italiano tan desacreditado, por una vez va a servir para algo: para resolver problemas que no saben resolver la cultura o la... ¿a qué se dedica usted?

**SR. ROSSI.**- ¡A usted qué le importa...! Bueno, tengo una pequeña empresa industrial.

**CAPITÁN.**- O... la industria. Medalla de oro olímpica: el ejército.

**SR. ROSSI.**- Mire, es muy tarde. Si ha descubierto el misterio, dígalos de una vez. Si no cállense.

**CAPITÁN.**- No puede ser más sencillo, señoras y señores, los tres tenemos razón. Los tres. Esta casa tiene tres entradas.

**SR. ROSSI.**- ¿Cómo tres entradas?

**CAPITÁN.**- Tres entradas: una, dos y tres. Usted ha entrado por esa puerta, usted por esa, y yo por la otra. Tres rellanos distintos de los que bajan tres escaleras distintas, que conducen a tres vestíbulos diferentes, y una vez franqueadas las vidrieras se sale respectivamente a la calle Caballería, a la Avenida Pacini y a la Plaza del Carmen. Tres entradas, tres números diferentes. *(Una pausa)* ¿Qué me dicen? ¡Todo explicado!

**SR. ROSSI.**- *(Después de una corta pausa)*. No me convence.

**CAPITÁN.**- ¿Por qué?, si es muy sencillo. Estoy deseando contarle en el club de oficiales. Sobre todo al barman, que colecciona chistes sobre los carabineros y después los cuenta atribuyéndolos a los oficiales del servicio secreto.

**SR. ROSSI.**- No, no me gusta. Los tres hemos venido con un propósito concreto: usted a recoger sus pruebas, usted a encontrarse con el señor Anselmi y yo a una cita con una señora. ¿Tres números distintos? De acuerdo. Pero ¿qué coño es este sitio?. ¿Una pensión, una Sociedad y una Editorial a la vez?

**CAPITÁN.**- No había pensado en eso.

**PROFESOR.**- *(Al Sr. Rossi)* ¿Qué le pasa? ¿Tiene usted miedo?

**SR. ROSSI.**- Estoy nervioso, qué quiere. Este lugar no me gusta nada. Además de un momento a otro va a sonar la señal de alarma y nos quedaremos bloqueados. Mire, yo me largo...

**CAPITÁN.**- ¿Y su... dama...?

**SR. ROSSI.**- ¡Yo que sé! No habrá podido venir, o habrá cambiado de idea... o habrá tenido otra cosa que hacer...

**CAPITÁN.**- ¡Perdón, perdón!

**PROFESOR.**- Pues yo voy a esperar un poquito más. Quizá este asunto de la alerta ha provocado retrasos... Alguien de la editorial tiene que llegar.

**CAPITÁN.**- También debe venir el señor Anselmi.

**SR. ROSSI.**- Adiós, señores. Voy a salir por la Avenida Pacini, aunque sólo sea para ver esta curiosidad de una casa con tres entradas... y para no repetir el mismo camino. *(Va a la puerta nº 3, intenta abrirla pero encuentra resistencia)* Está cerrada.

**PROFESOR.**- Imposible. Pruebe a tirar.

**SR. ROSSI.**- Está cerrada.

**CAPITÁN.**- Yo le ayudo. ¡Puñeta!, verdaderamente está cerrada.

**PROFESOR.**- ¡Qué raro! Acabo de entrar hace un momento. *(Va a abrirla. La puerta se abre sin dificultad)*. Ahí la tienen: abierta. ¿Por qué han dicho ustedes que estaba cerrada? *(Al Sr. Rossi indicándole la salida)* pase usted.

*(El Sr. Rossi va a pasar pero cambia de idea y se detiene.)*

**SR. ROSSI.**- Antes quiero ver una cosa. *(Va hacia a la puerta nº 2)* ¿A dónde da esta puerta?

**CAPITÁN.**- A la Calle Caballería.

**SR. ROSSI.**- *(Intenta abrirla inútilmente, pero esta vez no se sorprende)* También cerrada. Lo sabía. Pruebe usted.

**CAPITÁN.**- ¿Yo?

**SR. ROSSI.**- No, el Profesor.

**PROFESOR.**- *(Después de probar)* Cerrada.

**SR. ROSSI.**- Ahora pruebe esa *(Le indica la puerta del proscenio, es decir la nº 1)*

**PROFESOR.**- *(Lo hace)* También cerrada.

**SR. ROSSI.**- *(Al capitán)* Ahora usted.

**CAPITÁN.**- *(Lo hace)*. Cerrada.

**SR. ROSSI.**- *(Se dirige con decisión a «su» puerta, es decir la número 1 y la abre sin dificultad)*. Para mí, abierta. *(Al capitán indicándole la puerta nº 2)* Por favor, pruebe usted a abrir ésa.

**CAPITÁN.**- *(Lo hace y la puerta se abre)* Ya está.

**SR. ROSSI.**- Entonces capitán, ¿puede explicarme este otro misterio?

**CAPITÁN.**- No lo entiendo.

**PROFESOR.**- Ah, ya sé lo que quiere decir. Que cada cual abre sin dificultad la puerta por la que ha

entrado... pero ninguno de nosotros puede abrir las puertas por las que han entrado los demás.

**CAPITÁN.**- ¿Cómo, cómo? Cada uno de nosotros... su propia puerta... pero no la de los otros... Pues es verdad no había caído en eso.

**SR. ROSSI.**- Vaya a explicarlo al club de oficiales.

**CAPITÁN.**- ¿Pero eso qué importa? Si quiere bajar a la calle Caballería... yo le abro la puerta y ya está.

**SR. ROSSI.**- No. Esas puertas no me gustan nada.

**PROFESOR.**- ¡No sea usted ridículo!

**SR. ROSSI.**- Prefiero salir por la mía.

**PROFESOR.**- De acuerdo. Y si quiere le acompaño. Le demostraré que «yo» también puedo pasar por «su» puerta. Ya volveré mañana a recoger las pruebas.

**SR. ROSSI.**- No. Voy a esperar unos minutos.

**PROFESOR.**- ¿Pero, no iba usted a marcharse?

**SR. ROSSI.**- He cambiado de idea. Voy a quedarme un poco más... ya me iré luego.

**PROFESOR.**- Entonces verdaderamente tiene usted miedo.

**CAPITÁN.**- ¿Miedo?

**SR. ROSSI.**- No.

**PROFESOR.**- No tiene por qué avergonzarse, a todos nos atemorizan ciertas pequeñas coincidencias que ocurren a veces y que no se explican muy bien... ante las que hay que reaccionar con espíritu claro y sereno... como decía Platón. Los hombres primero entienden sin darse cuenta, luego se dan cuenta con el ánimo perturbado y conmovido y finalmente reflexionan con la mente clara y serena. Lo dijo Vico.

**CAPITÁN.**- ¿El Coronel Platón? ¿El de la tercera escuadrilla?

**PROFESOR.**- Ese es otro. Evidentemente el capitán está en la primera fase, usted en la segunda...

**SR. ROSSI.**- Sí, lo reconozco me siento turbado. Decididamente este lugar no me gusta.

**PROFESOR.**- Yo no tengo miedos irracionales. Evidentemente he llegado a la fase de la mente pura. Como ven... me voy a marchar.

**SR. ROSSI.**- ¿Por qué no sale por «mi» puerta?

**PROFESOR.**- No es por miedo, créame. Sólo que me es más cómodo salir a la Avenida Pacini. Señores, he tenido un placer.

*(Saluda con un gesto exagerado y sale por su propia puerta, es decir, la puerta nº 3. Una pausa. El Capitán se acerca a la ventana y mira hacia afuera tranquilamente).*

**SR. ROSSI.**- ¡Uf! Me parece que aquí falta aire. ¿Podría abrir la ventana?

**CAPITÁN.**- Con mucho gusto. *(La abre)*

**SR. ROSSI.**- ¿Cómo es que no se oye ningún ruido? *(Se acerca a la ventana y mira también fuera)* No hay nadie en la calle. ¿Por qué?

**CAPITÁN.**- No habrán querido que les sorprenda la alarma.

**SR. ROSSI.**- Ah, claro. ¿A qué hora es el ejercicio?

**CAPITÁN.**- Dijeron que a partir de las cinco.

**SR. ROSSI.**- O sea... de un momento a otro...

**CAPITÁN.**- En efecto, de un momento a otro.

**SR. ROSSI.**- ¡Dios mío, que calor entra por la ventana!

**CAPITÁN.**- Fuera debe ser un horno.

**SR. ROSSI.**- ¿Le importa que cierre?

**CAPITÁN.**- Por favor.

*(El Sr. Rossi cierra la ventana)*

**SR. ROSSI.**- ¡Que calor! Lo que daría por una cerveza.

**CAPITÁN.**- Allí hay una nevera.

*(El Sr. Rossi la abre y tiene una agradable sorpresa)*

**SR. ROSSI.**- Pues hay cerveza. Estupendo. *(Saca una lata de la nevera y bebe)* ¿Quiere usted beber algo?

**CAPITÁN.**- Un zumo de naranja, gracias.

**SR. ROSSI.**- No lo hay. Sólo cerveza.

**CAPITÁN.**- Entonces nada. La cerveza no me gusta demasiado. *(El Sr. Rossi cierra la puerta de la nevera. Pero el Capitán cambia de idea)* Aunque para no morirme de sed... *(Se acerca a la nevera, la abre. Tiene un gesto de sorpresa y de enfado)* ¿Por qué demonio me ha dicho que no hay zumo de naranja? ¡Si no hay más que eso!. *(Saca de la nevera una botella de zumo. Asombro de el Sr. Rossi. El Capitán por el contrario no se preocupa del asunto y bebe su zumo tranquilamente)* Uf, es increíble este vaho de calor que ha entrado por la ventana. El pobre Profesor se estará achicharrando.

*(La puerta nº 3 se abre y entra el Profesor calado hasta los huesos, pero no de sudor, si no de lluvia.)*

**PROFESOR.**- Perdónenme, pero tendré que esperar aquí hasta que acabe de llover. ¡Dios mío, lo que está cayendo! ¡Qué aguacero!

**CAPITÁN.**- ¿Llueve?

**PROFESOR.**- ¿Que si llueve? ¡Diluvia!

**SR. ROSSI.**- ¿Pero dónde llueve?

**PROFESOR.**- Fuera, en la calle... ¿dónde quiera que llueva?

**CAPITÁN.**- Pues aquí, en la Plaza del Carmen, hay un sol de justicia.

**PROFESOR.**- *(Que está intentando secarse como puede)* Bueno, basta. Vengo de la Avenida Pacini, he estado en la Avenida Pacini y solo puedo hablar de la Avenida Pacini. ¡Y en la Avenida Pacini está cayendo una tromba de agua!.

**CAPITÁN.**- Quítese la chaqueta. ¿Quiere usted alguna cosa?, ¿algo para beber?

**PROFESOR.**- Lo que me tomaría es una buena taza de chocolate caliente.

**CAPITÁN.**- Pues chocolate caliente, no creo que haya.

**SR. ROSSI.**- *(Con un gesto casi dramático, señalando la nevera)* Pues sí, hay chocolate caliente. *(Los otros le miran extrañados)*. Ahí en la nevera.

**PROFESOR.**- ¿En la nevera? ¡¿Caliente?!

**SR. ROSSI.**- *(Decididamente dramático)* ¡Caliente!.

**CAPITÁN.**- Pero...

*(Aunque escéptico, el Profesor abre la nevera y saca de ella una gran taza de chocolate humeante, ante la extrañeza desorientada del Capitán y la fúnebre aprobación de el Sr. Rossi.)*

**SR. ROSSI.**- *(Cada vez más trágico)* Este lugar no me gusta; no me gusta ni pizca.

*(De pronto, fuera el sonido fuerte y estridente de una sirena seguida de muchas otras cercanas y lejanas.)*

**PROFESOR.**- El ejercicio...

**CAPITÁN.**- La alerta.

**R. ROSSI.**- ¡Joder, pues tendremos que quedarnos aquí toda la noche!

**FIN DEL PRIMER CUADRO**

### Cuadro segundo

*La misma escena, una hora más tarde. Están presentes, el Capitán y el Sr. Rossi, éste último calienta un pantalón frente a una estufa eléctrica. Se trata obviamente del pantalón del Profesor, que lo están secando. El Capitán lee en un periódico las disposiciones tomadas por la alerta antipolución.*

**CAPITÁN.**- ... al ponerse el sol, y de todas maneras antes de las 18:35, desenchufar todos los electrodomésticos, en particular los refrigeradores... (*desenchufa la nevera*) calentadores eléctricos... (*se acerca a la puerta del servicio y llama*) ¿Hay ahí algún calentador de agua eléctrico?

**PROFESOR.**- Sí.

**CAPITÁN.**- ¡Pues desenchúfelo! (*Sigue leyendo*). Cadenas de alta fidelidad, lavadoras, lavavajillas... (*Hecha una mirada alrededor: no hay nada de eso*) ...estufas eléctricas... (*mira al Sr. Rossi*) ¿Aún no está seco?

**SR. ROSSI.**- Está un poco húmedo.

*(Por la puerta de servicio, asoma la cabeza del Profesor.)*

**PROFESOR.**- Ya es suficiente, aunque esté un poco húmedo. (*El Sr. Rossi apaga la estufa y le da el pantalón al Profesor, quien desaparecerá en el servicio poco después.*) Ah, por fin recupero mi pantalón. Los pantalones son como la salud o la juventud: sólo cuando no se tienen apreciamos su importancia.

**CAPITÁN.**- Desenchufar también televisores, magnetófonos, cajas registradoras, ordenadores, etc... limitando el consumo de energía eléctrica a lo estrictamente necesario.

*(Sale del servicio el Profesor, abrochándose la bragueta. Va en mangas de camisa)*

**PROFESOR.**- ¿Son las instrucciones para la alerta?, ¿qué dicen? (*Le toma el periódico al capitán*) Esos inútiles, siempre con faltas de ortografía... Lavavajillas se escribe como una sola palabra, no con un guión entre las dos.

**CAPITÁN.**- Como se lee igual no veo que tenga mayor importancia. Lo esencial es que hay que desenchufar lo que hay que desenchufar. Como decimos en el ejército: lo importante es que el mensaje llegue a su destino.

**PROFESOR.**- De ninguna manera. ¿A dónde iríamos a parar si no cuidamos nuestra lengua? Lavar es una cosa y vajilla otra. Si no unimos las dos palabras y no sólo con un guión, si no sólidamente, una letra junto a la otra, no designaremos con precisión ese invento de la economía doméstica

tan grato a las amas de casa... ¿No está de acuerdo?

**CAPITÁN.**- Pues, supongo que sí... Yo soy hombre de acción, a mí la gramática...

**PROFESOR.**- ¡La gramática es la salvaguarda del idioma! El lenguaje ha de ser preciso, concreto... esto es fundamental para la convivencia y la comunicación. Bocaccio cuenta, por ejemplo, que dos extranjeros pararon una noche en una hostería de Toscana y habiendo pedido sábanas frescas, se encontraron con unas sábanas heladas, porque, como les explicó el hostelero al día siguiente, no se dice frescas sino limpias. ¿Comprenden?

**CAPITÁN.**- Esta historia me parece idiota.

**PROFESOR.**- Pues es de Bocaccio.

**CAPITÁN.**- Sea de quien sea. Y el hostelero otro idiota.

**PROFESOR.**- ¡Ah, no, la gramática...!

**SR. ROSSI.**- ¿Les parece momento para discutir de gramática? Es que no están inquietos. ¿Para ustedes todo va bien? ¿esta situación es normal? ¿este lugar es un lugar como otro? ¿no hay aquí nada extraño, ni poco claro, ni misterioso? ¡Díganme algo, por el amor de Dios, contéstenme cualquier cosa!

**PROFESOR.**- ¿Cómo quiere que le conteste si no para usted de hablar? ¿Prefiere usted una respuesta práctica, desde un punto de vista operativo o filosófico-racional?

**SR. ROSSI.**- ¿Qué quiere usted decir?

**PROFESOR.**- ¿Que si quiere una respuesta simple, como en familia, o un examen más profundo?

**CAPITÁN.**- Perdón, si les interrumpo. Pero son casi las siete y a las siete tengo la costumbre de tomar un baño de pies. Hoy hubiera renunciado a ello, ya que tenía que encontrarme con el señor Anselmi, pero ya que el señor Anselmi no ha aparecido, si no tienen ustedes inconveniente, me lavaré los pies.

**SR. ROSSI.**- Haga lo que le dé la gana.

**CAPITÁN.**- Siento perderme su conversación porque yo también tengo algo que decir sobre el asunto... Puedo dejar abierta la puerta del servicio... o incluso, si no les molesta, puedo tomar el baño aquí con ustedes.

**PROFESOR.**- Si hemos de pasar la noche juntos, no creo que debamos gastar muchos cumplidos.

**CAPITÁN.**- Muchas gracias.

*(Entra en el servicio, de donde sale poco después con una jofaina llena de agua tibia, que deja en el suelo frente a una silla, y toma con todo cuidado su relajante baño de pies. Se levanta la parte inferior de sus pantalones, se quita zapatos y calcetines, hecha en el agua el contenido de un sobre que ha sacado del bolsillo y lo agita todo con cuidado.)*

**SR. ROSSI.**- Siga, siga usted...

**PROFESOR.**- Para empezar dígame lo que no le gusta de esta situación. ¿Una casa con tres números diferentes? Raro pero no imposible. ¿Tres personas diferentes que llegan a una cita a la misma hora? Las cinco de la tarde es una hora clásica para las citas y, por otra parte, yo no estaba citado a ninguna hora concreta...

**SR. ROSSI.**- ¿Pero por qué los tres aquí? En un local con tres puertas distintas.

**CAPITÁN.**- Eso. Pensión Aurora, la INFOMAC y Ediciones Minerva.

**SR. ROSSI.**- Sin una placa, sin un nombre, sin nada.

**PROFESOR.**- Normal. La Editorial Minerva acaba de cambiar su sede social, y la nueva dirección aún no está en la guía... La pensión Aurora... bueno... por lo que tengo entendido en la pensión Aurora usted tenía una cita galante... con una dama...

**CAPITÁN.**- ¡Perdón, perdón!

**PROFESOR.**- Una cierta discreción me parece lógica. En cuanto a la INFOMAC del capitán... él mismo ha hablado del servicio secreto... y esa INFOMAC bien pudiera ser una de esas sociedades creadas para disimular su verdadera actividad...

**SR. ROSSI.**- ¿Pero qué actividad? ¡Máquinas para reciclar tubos de dentífrico!

**CAPITÁN.**- ¡Pero provenientes del ejército! Tubos utilizados por los tres ejércitos. Y eso no es todo. Estamos tratando de incluir en el negocio a los tubos de toda la OTAN, que significan millares, millones de tubos. Que la INFOMAC quiera pasar desapercibida no me sorprende en absoluto.

**PROFESOR.**- Naturalmente. Y alguien se queda con los muebles...

**SR. ROSSI.**- ¿Por ejemplo?

**PROFESOR.**- Pues... probablemente los partidos políticos.

**SR. ROSSI.**- ¿De verdad?

**CAPITÁN.**- *(Canta para no entrar en la conversación)*

«No hay novedad  
señora baronesa  
no hay novedad, no hay novedad.»

**PROFESOR.**- Naturalmente. *(Al Sr. Rossi)* Como puede ver, todo es de lo más lógico.

**SR. ROSSI.**- Vale, ¿pero por qué un único despacho?

**PROFESOR.**- ¿Usted no habrá ido a Liechtenstein, o a Andorra, o a las Bahamas? Pues para que lo sepa hay allí pisos de tres únicas habitaciones que sirven de sede a 150 sociedades comerciales, industriales o financieras. Con una sola dirección. Es evidente que una INFOMAC no necesita mucho espacio.

**SR. ROSSI.**- ¿Y su editorial?

**PROFESOR.**- Se trata de un pequeño editor. Probablemente le basta una oficina en el centro, aunque sea en régimen de cohabitación. El verdadero trabajo se realiza en barrios extremos donde los alquileres son más baratos.

**SR. ROSSI.**- ¿Y yo? Si he de encontrarme con una dama, necesito cierto espacio.

**CAPITÁN.**- ¡Perdón, perdón!

**SR. ROSSI.**- ¿Y usted quiere acabar de una vez con eso de «perdón, perdón!»?

**CAPITÁN.**- Es la tradicional discreción del ejército.

**SR. ROSSI.**- Pues use esta discreción. Usted ha dicho que no hay nada raro en este encuentro.

**CAPITÁN.**- Y no lo hay. Qué menos raro en el mundo. Un hombre, una mujer... ¡Más natural que eso!  
*(Canta de nuevo)*  
«Amor, amor, amor,  
nació de ti  
nació de mi  
de la esperanza...»

**SR. ROSSI.**- ¡Me ataca los nervios!

**PROFESOR.**- *(Al Sr. Rossi)* Usted ha dicho, con toda razón «necesito cierto espacio». Pero es evidente que el lugar de la cita es una cosa y el lugar donde, digamos, se consuma dicha cita puede ser otro. Si esa dama se hubiera presentado, sin duda un guía discreto les hubiera conducido a otro sitio.

*(Pausa)*

**CAPITÁN.**- ¡Si yo fuera poeta, escribiría una oda al baño de pies!

**SR. ROSSI.**- ¿Y de la nevera qué me dice? La abro y no hay más que cerveza. La abre él y no hay más

que naranjada. La abre usted... y ¡chocolate caliente!

**PROFESOR.**- (*Riendo con compasión*) ¡Por favor...! ¡Usted no conoce a Schopenhauer!

**CAPITÁN.**- ¿Quién? ¿El piloto alemán? Ah, no, ese era Schumacher.

**PROFESOR.**- Usted deseaba una cerveza y sólo ha visto «su» cerveza. El capitán deseaba un zumo de naranja y sólo ha tenido ojos para «su» zumo. Cada uno de nosotros sólo ve lo que quiere ver. Si a mí me gustan las rubias, sólo voy a reparar en las rubias y a la noche cuando reflexione sólo recordaré a las rubias. Como en el periódico, uno sólo lee la sección que le interesa y se salta lo demás. ¿Le interesa la economía? Pase sin mirar las páginas de deportes, de espectáculos, o las editoriales políticas y acabará convencido de que el periódico sólo habla de economía.

**SR. ROSSI.**- ¿Y su chocolate?

**CAPITÁN.**- Lo del chocolate es inexplicable. ¡Eso ha sido un milagro, un verdadero milagro!

**SR. ROSSI.**- Tanto como milagro... pero misterioso, sí es.

**PROFESOR.**- Entre misterio y milagro no hay mucha diferencia para la razón.

**SR. ROSSI.**- Usted quería un chocolate caliente... abre la nevera ¿y qué encuentra allí? Un excelente chocolate caliente.

**PROFESOR.**- No, no exagere, solo decente, nada más.

**SR. ROSSI.**- ¿Y eso le parece una cosa sensata?

**PROFESOR.**- No, no lo es.

**SR. ROSSI.**- Ah, ¿lo ve usted?

**PROFESOR.**- Por lo general no se guarda chocolate caliente en una nevera.

**SR. ROSSI.**- ¿Y cómo lo explica?

**PROFESOR.**- A no ser que alguien quiera enfriarlo y no tenga paciencia para esperar.

**SR. ROSSI.**- ¿Y esto es todo?

**PROFESOR.**- Es suficiente.

**SR. ROSSI.**- ¿Alguien...? ¿Quién?

**PROFESOR.**- Lo ignoro

**SR. ROSSI.**- Ah, vaya.

**PROFESOR.**- ¿Cómo quiere que lo sepa? Pero esté seguro de que alguien lo había metido allí.

**SR. ROSSI.**- ¿Cómo lo sabe?

**PROFESOR.**- Porque estaba allí. ¿No le parece suficiente prueba?

**CAPITÁN.**- (*Que ha vuelto al periódico*) Por favor, bajen el tono de voz. Estoy leyendo.

**PROFESOR.**- El razonamiento es muy simple. Los chocolates calientes no crecen en las neveras. Si un chocolate caliente se encuentra en una nevera es señal inequívoca de que alguien lo ha metido allí. «Cogito, ergo sum»: Pienso luego existo. «Cioccolatum posuit, ergo est» ¡Hay un chocolate, luego existe! ¡Cartesiano!

**CAPITÁN.**- (*Al Sr. Rossi*) Eh, cuidado, no se fie, el profesor escribe novelas policíacas.

**PROFESOR.**- La historia práctica puede ser contada de mil maneras. Aquí salimos del campo de la certeza lógica para entrar en el posibilismo filosófico. ¿Pero por qué, alguien, no sabemos quién, ha metido un chocolate caliente en el refrigerador? Aquí hay varias posibles hipótesis. Por ejemplo. Antes de volver a su casa, más temprano que de costumbre para que no le sorprenda la alarma en la calle, alguien, de la Pensión Aurora, del INFOMAC o de Ediciones Minerva, ha pedido al bar de enfrente un chocolate. El camarero ha subido, ha traído como se suele hacer en los despachos, lo de todos los días, entre otras cosas el chocolate caliente de... digamos D<sup>a</sup> Matilde. Normalmente D<sup>a</sup> Matilde espera a que se enfríe un poco su chocolate. Pero esta vez no tiene tiempo porque tiene prisa por volver a su casa, ¿qué hace D<sup>a</sup> Matilde? Pues D<sup>a</sup> Matilde mete su chocolate en el refrigerador y luego se olvida del chocolate.

**SR. ROSSI.**- ¿Y eso le parece creíble?

**PROFESOR.**- ¿Le parece más creíble un milagro? ¿No es más racional que alguien pida un chocolate caliente a las cinco de la tarde? Haga usted una encuesta y pregunte a los bares de alrededor qué sirven con más frecuencia, chocolate o milagros.

**CAPITÁN.**- ¿Pero quién diablos es D<sup>a</sup> Matilde? (*Reflexiona*) ¡Perdón, perdón...!

**SR. ROSSI.**- ¿Y todo ese lío de las puertas?

**PROFESOR.**- Un simple caso de alucinación colectiva. Lo que usted ha creído, no era real. ¿Estaban realmente cerradas? ¿Ha probado realmente a abrirlas? A lo mejor, en vez de girar la manilla hacia la izquierda, lo ha hecho al revés y claro, no se ha abierto. Estoy seguro que si ahora prueba, las

puertas se abrirán sin dificultad alguna. (*Señala la puerta nº 2*) ¿Es la puerta del capitán, no? (*Se acerca y la abre*) Pues ya ve usted.

**SR. ROSSI.**- ¿Y el chaparrón? En Avenida Pacini un diluvio, en la Plaza del Carmen ni una gota.

**PROFESOR.**- ¿Por qué no? Siempre que cae un chaparrón hay una línea que separa el lugar donde llueve del que no llueve.

**CAPITÁN.**- Es verdad. Eso ocurre también con el sol y la sombra.

**PROFESOR.**- En el caso de hoy esa línea pasaba exactamente por esta casa, incluso por esta habitación.

**SR. ROSSI.**- ¡Todo clarísimo!

**PROFESOR.**- ¡Ha sido una casualidad!

**SR. ROSSI.**- Estamos aterrados ante unos hechos rarísimos con extrañas coincidencias pero para usted es lógico y explicable.

**CAPITÁN.**- Una pequeña precisión. Yo no estoy aterrado.

**SR. ROSSI.**- Para usted todo está perfecto, ¿no es eso?

**CAPITÁN.**- Más o menos. Como suele ocurrir en la vida. El señor Anselmi no ha venido y yo tendré que volver otro día. Pero en cambio he podido tomar mi baño de pies, al que ya había renunciado.

**PROFESOR.**- Ciertamente. Nunca se puede decir si una cosa es para bien o para mal.

**CAPITÁN.**- ¿Cómo, cómo?

**PROFESOR.**- Naturalmente. En este mundo cualquier acontecimiento que parece una suerte, resulta luego ser una desgracia. Y viceversa. Dice un antiguo adagio que cuando los dioses quieren castigar a los mortales no hacen otra cosa que concederles sus deseos.

**CAPITÁN.**- ¡Esta sí que es buena! Es la primera vez que lo oigo.

**PROFESOR.**- Al abuelo de una vieja camarera de mi familia que habitaba en un tugurio, un día le ofrecieron comprarle la casa por cinco veces más de lo que valía, pero debía entregársela inmediatamente. ¿Suerte o desgracia?

**CAPITÁN.**- Suerte.

**PROFESOR.**- Naturalmente, así lo pensó él. Y aceptó el trato. Y aquella misma tarde se trasladó a casa de su hermana. Pero durante la noche, la casa se derrumbó.

**CAPITÁN.**- Qué golpe de suerte.

**PROFESOR.**- Para él, sí, pero ¿y para el comprador?

**CAPITÁN.**- Bueno, para el comprador, no.

**PROFESOR.**- Pues sí. Porque según sus cálculos debajo de aquella casa debía haber un yacimiento de petróleo. Al derrumbarse la casa se ahorró los gastos de la demolición.

**CAPITÁN.**- Un golpe de suerte también para él.

**PROFESOR.**- No tanto, porque allí no encontraron petróleo.

**CAPITÁN.**- Doble suerte para el vendedor.

**PROFESOR.**- Sabía que iba a decir eso. Pero con las prisas del traslado, por miedo a que el otro cambiase de idea le pilló una pulmonía y a los quince días había muerto. Así es la vida.

**CAPITÁN.**- ¡Eso es cierto! Como decía el capellán de mi regimiento, de la vida nadie escapa vivo.

**SR. ROSSI.**- ¡No lo aguanto!

**CAPITÁN.**- ¿Cómo dice?

**SR. ROSSI.**- ¡Que se calle de una puta vez!

**CAPITÁN.**- ¿Yo?, es el profesor el que habla sin parar.

**SR. ROSSI.**- Pero dice usted unas cosas que me sacan de quicio. En estas circunstancias, en que nadie entiende nada de lo que está ocurriendo... me sale usted con unas bromas estúpidas, como eso de la vida... ¿cómo era?

**CAPITÁN.**- Que de la vida, nadie escapa vivo.

**SR. ROSSI.**- Eso.

**CAPITÁN.**- Pues es una verdad como un templo, no una broma.

**SR. ROSSI.**- ¡Eso es una memez! Porque, ¿cómo escapa uno de la vida?: muriendo. Si está vivo después de la muerte, es que no ha salido de la vida. ¡Y si uno muere, se muere! ¡Y si uno vive, vive!

**PROFESOR.**- Los estoicos decían: mientras vives no existe la muerte, ¿por qué tener miedo? Y cuando llega la muerte, ya no existes tú, entonces ¿por qué tener miedo?

**SR. ROSSI.**- Así hablaba Scherezade.

**CAPITÁN.**- ¿Quién?

**PROFESOR.**- Zaratustra.

**SR. ROSSI.**- Quería decir Zaratustra, ¿no me corrija! ¡Yo también sé quién es Zaratustra!

**CAPITÁN.**- Yo no sé quién es Zaratustra. El inconveniente de estar en el ejército es que no se conoce a nadie. Uno se pasa todo el santo día en el cuartel... procura ocuparse en algo, un desfile de vez en cuando, unas maniobras... Luego el retiro, y te vuelves a tu pueblo... donde encuentras a tus amigos que te dicen: «¡Hombre!, ¿aún sigues aquí?»... o si te mueres, leen la esquela en el periódico y dicen, «otro que cayó», eso cuando no dicen «¡Vaya, yo creí que ya estaba muerto!».

**SR. ROSSI.**- ¡Basta de historias de muertos! ¿No podría encontrar otro tema más divertido y menos fúnebre?

**CAPITÁN.**- Pues le voy a contar un chiste muy divertido. En realidad yo no sirvo para contar chistes, soy sobre todo un hombre de acción. Pero en fin, lo intentaré.

**SR. ROSSI.**- Siempre será mejor que oírle hablar de...

**CAPITÁN.**- Había una vez un tipo llamado Juan. No, Antonio, o bien... ¿usted cómo se llama?

**SR. ROSSI.**- ¿Yo? Ernesto. ¿Por qué?

**CAPITÁN.**- Pues le llamaremos Ernesto. Un día, Ernesto emigra a Australia, se instala en Australia, se casa en Australia, trabaja en Australia. Pero el hombre se siente solo. No me pregunte por qué, yo no lo sé, pero eso no tiene importancia. Digamos... que su mujer y sus hijos han muerto todos...

**SR. ROSSI.**- ¿Ya estamos otra vez con lo mismo?

**CAPITÁN.**- ¡Perdón!... lo que importa es que un día decide volver a Italia, -porque era italiano, no sé si se lo he dicho- al menos para morir en su país.

**SR. ROSSI.**- ¡Y dale!

**CAPITÁN.**- ¡Perdón! Hace su equipaje, se embarca en un transatlántico y navega hasta Indochina, después hasta Arabia, pasa por el Canal de Suez.... y, a medida que va acercándose a Italia, siente que cada vez le embarga mayor emoción. Llega al Mediterráneo, y su emoción crece, luego el mar Jónico, el mar Tirreno, con una emoción siempre creciente, y llega al puerto de Génova. Y cuando pone el pie en tierra casi muere de emoción.

**SR. ROSSI.**- ¡Lo que faltaba!

**CAPITÁN.**- Pero sacando fuerzas de flaqueza, toma el tren para dirigirse a su ciudad que es... ¡Turín! No, no, ¡Milán! O quizá más lejos. ¿Usted de dónde es?

**SR. ROSSI.**- ¿Yo? de Sorrento...

**CAPITÁN.**- No, eso no me va. Si se viene desde Australia no se desembarca en Génova para ir a Sorrento, se desembarca en Nápoles...

**PROFESOR.**- No creo que viniendo de Australia se pueda escoger el puerto de llegada.

**CAPITÁN.**- A mí las historias me gustan exactas. Prefiero hacerle desembarcar en el lugar más lógico.

**SR. ROSSI.**- Al grano, al grano.

**CAPITÁN.**- Digamos una ciudad lejana, entre montañas...

**SR. ROSSI.**- De acuerdo. Turín.

**CAPITÁN.**- Más lejos, más lejos.

**SR. ROSSI.**- Parma, Bolonia, Siena...

**CAPITÁN.**- Más lejos, más lejos... ¡Bari! Eso.

**SR. ROSSI.**- ¡Y había desembarcado en Génova!

**CAPITÁN.**- Toma el tren, y cruza todo el país, mientras su emoción va creciendo de minuto en minuto. Y por fin llega a Bari, sale de la estación y se dirige... a una estación más pequeña, con una emoción cada vez mayor...

**SR. ROSSI.**- ¡Termine ya!

**CAPITÁN.**- Allá voy. Terminó la historia en un momento.

**SR. ROSSI.**- Pues, adelante.

**CAPITÁN.**- En un chiste los detalles son importantes para preparar el final y crear espectacularidad. Yo estoy creando espectacularidad. Si se llega demasiado deprisa al final, el cuento muere.

**SR. ROSSI.**- ¡Otra vez!

**CAPITÁN.**- Entonces en esa pequeña estación toma otro tren más pequeño. Sube al tren. El tren se pone en marcha y comienza a ver de nuevo su valle...

**SR. ROSSI.**- ¡Y su emoción crece!

**CAPITÁN.**- ¿No se lo había dicho?

**SR. ROSSI.**- Sí, sí lo había dicho.

**CAPITÁN.**- La emoción sigue creciendo a medida que va cruzando el valle; reconoce las montañas, los lagos y allá a lo lejos el pequeño pueblecito a donde por fin le deja el tren. Y allí toma el autobús.

**SR. ROSSI.**- ¿Además un autobús?, ¡pero, ¿dónde coño vive ese hombre?!

**PROFESOR.**- ¡No le interrumpa!

**CAPITÁN.**- El autobús empieza a subir y sube, sube, sube... mientras él, siempre emocionado, va contemplando los bosques en donde jugaba de niño, los caminos por donde paseaba con sus primeras novias, el campo de fútbol donde jugó sus primeros partidos... El corazón está a punto de estallar... cuando ve el campanario, la pequeña iglesia, la plaza del pueblo donde el autobús se detiene y él baja.

**SR. ROSSI.**- ¿No me diga que tendrá que hacer un trozo de camino a pie?

**CAPITÁN.**- Ah, ¿usted ya conoce la historia?

**SR. ROSSI.**- ¡¡No!!

**PROFESOR.**- ¡No le interrumpa!

**CAPITÁN.**- Entonces nuestro Ernesto desciende con sus dos maletas... ¿Les he dicho que llevaba dos maletas?

**SR. ROSSI.**- No, pero no importa.

**CAPITÁN.**- ¡No lo crea. Tienen mucha importancia!

**SR. ROSSI.**- Bueno, ahora acaba de decirlo.

**PROFESOR.**- No le interrumpa o no acabaremos nunca.

**CAPITÁN.**- En realidad tendría que volver a empezar desde el principio, porque es mucho más bonito con las dos maletas. El tipo que sale de Australia, llega a Génova, toma el tren...

**SR. ROSSI.**- ¡Adelante!

**CAPITÁN.**- Como quiera... ¡pero es una lástima!... Bueno, el hombre coge sus dos maletas y recorre a pie el camino que le lleva desde la parada del autobús hasta su vieja casa, la casa de sus antepasados. Ya pueden figurarse como crece y crece su emoción al reconocer las callejas, las casas, los patios... Y en determinado momento, en el otro extremo de la calle, ve venir al cartero, ¡momento de máxima emoción!

**SR. ROSSI.**- ¿Por el cartero?

**CAPITÁN.**- ¡Era su amigo de la infancia, el compañero de sus juegos, al que no ha visto desde hace veinte años! ¡Veinte años!

**SR. ROSSI.**- ¡Bien, ¿y qué más?!

**CAPITÁN.**- Entonces, nuestro Ernesto, deja sus maletas, tan emocionado que apenas puede pronunciar palabra y le grita: ¡Pedro, Pedro! Pedro es el nombre del cartero.

**SR. ROSSI.**- ¡Ya, ya...!

**CAPITÁN.**- «Pedro, Pedro». El cartero se detiene, se vuelve, le mira y después con toda calma le dice: «Ah, Ernesto, ¿te vas de viaje?»

**SR. ROSSI.**- ¡¿Qué?!

**CAPITÁN.**- «Ah, Ernesto ¿te vas de viaje?» (*Estupefacción entre los oyentes*) ¿Comprenden ahora por qué las maletas eran importantes? Porque si no el cartero...

**SR. ROSSI.**- ¡Es un chiste completamente estúpido!

**CAPITÁN.**- Bueno, ustedes querían que les contara algo divertido.

**SR. ROSSI.**- ¿Usted lo encuentra divertido? ¿No comprende que es de lo más trágico? ¡Significa que el hombre no cuenta para nada, que no existe!

**CAPITÁN.**- Pero ¿el cartero no le hace reír? Tiene unos reflejos muy lentos...

**SR. ROSSI.**- ¡No lo aguanto!

**CAPITÁN.**- Pues, si mi historia no le gusta, cuéntenos usted una.

**SR. ROSSI.**- Pues sí que estoy para historias.

**PROFESOR.**- ¿Por qué no? Eso nos ayudará a pasar el tiempo. Yo he contado lo de Bocaccio, el capitán lo del cartero...

**SR. ROSSI.**- ¿Pero ustedes están locos? ¿No se dan cuenta de lo que está ocurriendo? (*Pausa. Los otros dos se quedan un poco sorprendidos*) Una vez vi una película...

**CAPITÁN.**- ¿Es un chiste?

**SR. ROSSI.**- ¡No!... Y no es una película, sino una obra de teatro. La escena representaba el puente de un barco. Había un capitán vestido de marino, un poco raro, pero nada especial, nada que hiciera sospechar ningún misterio. Era un barco que iba a zarpar para un crucero, un crucero de lujo, muy selecto.... Llega un primer pasajero, un hombre de unos cincuenta años, elegante, distinguido... El capitán le saluda cortésmente, le acompaña a su camarote y le habla del viaje que van a emprender, aunque no llega a saberse muy bien a dónde se dirigen... Después llega una joven, después otra gente.... El capitán hace las presentaciones, los personajes empiezan a cono-

cerse y se establecen las primeras relaciones de simpatía o antipatía entre ellos... hasta que en un momento determinado comienzan a suceder ciertas cosas extrañas.

**CAPITÁN.-** ¿Qué cosas?

**SR. ROSSI.-** Por ejemplo, uno de ellos no sabe por qué va a salir de crucero ni por qué está solo, sin esposa, sin familia, sin nadie. Ni siquiera recuerda cómo ha llegado allí. Otro, la última cosa que recuerda es que se encontraba en su casa enfermo en la cama. Naturalmente ya debía estar sano, porque el médico le había dicho: «cuando se cure, podrá hacer un estupendo crucero al Caribe». A otro le parecía que se acordaba de todo. Había ido al banco a retirar dinero, -para pagar el crucero evidentemente- y cuando iba a salir se encontró con un atraco, frente a uno de los atracadores que le apuntaba con una metralleta y le gritaba que se callara y no se moviera. La policía había llegado, los bandidos habían abierto fuego y él debió perder el conocimiento porque no recordaba nada más. Sólo que había subido al barco.

**PROFESOR.-** Comprendo.

**CAPITÁN.-** ¿Ya se ha acabado?

**SR. ROSSI.-** ¡Muertos! ¿No lo entiende? Estaban muertos. En cierto momento, zas, el vacío. Y luego el barco.

**CAPITÁN.-** ¿Y decía que mi historia no era divertida?

**SR. ROSSI.-** Ya se que esto es la invención de un escritor. ¿Pero quién sabe cómo se muere? ¿Y si fuera más o menos así? ¿Eh? ¿No se parece esto nuestro a una cosa como esa? ¿Y si morir se fuese una cosa más o menos como ésta? ¿Si esto, todo esto, no fuese más que el momento que separa la vida de la muerte? Uno se encuentra en un extraño lugar, ha venido por extraños motivos, encuentra a una gente extraña, desconocidos con los que nada tiene que ver... con los que probablemente nunca se volverá a encontrar... espera a gente que se retrasa, que no llega, que quizá no debería llegar nunca... Fuera no hay nadie; la ciudad está desierta... peor que desierta, vacía. No se puede salir, las puertas hacen cosas extrañas, la nevera no es normal... Comienzan las primeras dudas: la duda de ser víctima de una broma, la duda de estar soñando un mal sueño... y se espera que de un momento a otro la broma se aclare y se acabe la pesadilla. El ambiente es nervioso, y se discute, se pelea por nada, se inquieta, se cuentan historias idiotas. Y después, de repente, alguna extraña coincidencia aparentemente inexplicable, un recuerdo, una intuición, una hipótesis...

**PROFESOR.-** Comprendo.

**CAPITÁN.-** ¿Qué? Yo me había distraído.

**SR. ROSSI.-** Muertos. ¿Y si nosotros fuésemos también como ellos? Si nos encontráramos también en ese limbo entre la vida y la muerte, y mientras tanto debiéramos comprender, resignarnos, terminar de morir, ¿quién sabe si no es así? Y ese terrible nerviosismo que nos ha cogido...

**CAPITÁN.-** Yo no estoy nervioso.

**SR. ROSSI.-** ¿Si fueran los últimos coletazos de la vida, para afirmarse en ella, para rebelarse contra la muerte?

**CAPITÁN.-** ¿Y cómo va a terminar?

**SR. ROSSI.-** ¿Quién sabe? Poco a poco podría descender una gran oscuridad sobre nosotros, después, todos dormidos... y buenas noches. *(Al Profesor)* Yo, yo mismo, me ha bastado intuirlo y me siento mucho más tranquilo. Como si me hubiera tomado una infusión de manzanilla. ¡Como si esto fuera un paso necesario! Comprender, resignarse y terminar... De hecho me parece verlo todo lejos... Usted, probablemente tendrá sus explicaciones racionales y ahora me responderá con sus sarcasmos.

**PROFESOR.-** Comprendo su punto de vista.

**CAPITÁN.-** O sea que según usted yo estaría...

**SR. ROSSI.-** Muerto. ¡Todos muertos! Quizá esto es lo que nos está ocurriendo. Este nerviosismo que nos posee...

**CAPITÁN.-** Yo no estoy nervioso

**SR. ROSSI.-** ...¿No será la última tentativa de la vida, rebelándose contra la muerte?

**CAPITÁN.-** ¿Y cómo va a terminar?

**SR. ROSSI.-** Quién sabe. Puede que una gran oscuridad nos vaya envolviendo poco a poco y después uno detrás de otro nos iremos durmiendo y... ¡buenas noches!, como si hubiéramos tomado una infusión de manzanilla.

**PROFESOR.-** ¡No, Dios mío, no es eso! Usted dice que una oscuridad nos irá envolviendo y que nos iremos durmiendo uno detrás de otro... Bien, son las ocho de la noche, a esta hora empieza a oscurecer y si, como dicen, la alerta antipolución va a durar toda la noche, yo por ejemplo tengo muchas probabilidades de que me vaya durmiendo... Por lo demás ¿qué sabemos de la muerte? Me parece muy arriesgado aventurar hipótesis tan drásticas como las que usted propone. Yo he ve-

nido a buscar las pruebas de mi libro. ¿Usted dice que estamos muertos? Yo no puedo probar en este momento lo contrario, pero ya se verá si mañana por la mañana después de la alerta llega el editor de Minerva, S.L. y me dice: «mi querido Sapponaro -con dos p.- aquí tiene sus pruebas». Yo me las llevo, las corrijo, se las devuelvo, el libro sale, se venden veinte mil ejemplares y, para celebrarlo, me voy a un crucero al Caribe en un lujoso barco. No tiene ningún misterio, y a lo mejor hasta con una hermosa rubia de las que a mí me gustan. Y en este caso, mi querido señor como se llame, le enviaré una estupenda postal, con palmeras, en la que habré escrito: «desde el mar Caribe, mis mejores saludos a ese gafe, pesimista y embustero que se propuso joderme con la mierda de sus ridículas historias». *(Respira fuerte, aliviado)* ¡Booooouuuhhh!

**SR. ROSSI.**- También usted está asustado.

**PROFESOR.**- ¡No, no estoy asustado, ni nervioso...! Pero tengo el colesterol elevado, toda mi familia tiene una hipertensión hereditaria, tengo una tía con cáncer y por si esto fuera poco, en el periódico de esta mañana no se habla más que del SIDA. Pero no como al principio que se limitaba a unos o a otros, no. SIDA para todo el mundo. ¡Y después de media hora de oírle, permítame que le diga que me está tocando los cojones!

*(Pero el Sr. Rossi le interrumpe con un gesto terrorífico, señalándole al Capitán inmóvil, con los ojos cerrados en una butaca, con la cabeza hacia atrás, y la boca entreabierta.)*

**SR. ROSSI.**- *(Sin apenas voz)* ¡Mírele...! El ha sido el primero, pronto será nuestro turno.

*(Se acercan prudentemente, incluso el Profesor parece seriamente impresionado. Pero cuando están cerca de la butaca el Capitán lanza un sonoro ronquido.)*

**PROFESOR.**- *(Como vengándose del susto que acaba de tener)* Una postal desde el Caribe. ¡Una postal así de grande!

## FIN DEL ACTO PRIMERO

### ACTO 2º

#### Cuadro primero

*Algunas horas más tarde. El mismo decorado, los mismos personajes. El Profesor y el Capitán están jugando a las cartas, usan cerillas como fichas. En primer término el Sr. Rossi sentado en una butaca, con aire taciturno y la mirada fija y lejana.*

**CAPITÁN.**- Doble parejas, de damas. Lo siento. Todas las cerillas para mí.

**PROFESOR.**- Enhorabuena.

**SR. ROSSI.**- ¿De dónde han sacado las cartas?

**CAPITÁN.**- *(Bromeando)*. ¿De dónde va a ser? De la nevera.

**PROFESOR.**- No le haga caso. *(Al Capitán)* ¿Por qué le dice estas cosas? ¿No ve que le asusta?

**CAPITÁN.**- ¡Esa nevera es la lámpara de Aladino!

**PROFESOR.**- Las hemos encontrado en la mesa, debajo de la guía de Singapur.

**SR. ROSSI.**- ¿Le parece normal... un anuario de Singapur?

**PROFESOR.**- ¿Por qué no? Habrá muchos.

**SR. ROSSI.**- Eso será en Singapur. *(No le hacen caso)*. ¡En Singapur!

**CAPITÁN.**- Perdón, estamos jugando.

**PROFESOR.**- ¿Por qué no juega usted con nosotros?

**SR. ROSSI.**- No, gracias. *(Se dirige al despacho, curioseando un poco lo que hay en la mesa y coge un libro negro, aparentemente una Biblia, vuelve a su butaca y se pone a leer.)*

**PROFESOR.**- Deme dos cartas.

**CAPITÁN.**- Estoy servido.

**PROFESOR.**- Pareja de nueves.

**CAPITÁN.**- Escalera. *(Coge las cerillas que estaban en la apuesta.)*

**PROFESOR.**- ¡Tiene usted una suerte...!

**CAPITÁN.**- Es que usted no se fija. ¿Por qué ha pedido sólo dos cartas? Debió quedarse con la más alta y pedir cuatro... *(Baraja de nuevo)*. Es increíble lo negados que son ustedes los intelectuales para esto de las cartas. ¿De qué les sirve tanto estudiar si luego olvidan que dos y dos son cuatro? *(Al Sr. Rossi)* A lo mejor los industriales tienen más suerte. *(Pero el Sr. Rossi sigue abstraído.)* Eh, le hablo a usted... Imposible. Está rezando.

**PROFESOR.**- Déjelo tranquilo. ¿A cuantos estamos?

**CAPITÁN.**- Cuatrocientos cuarenta y siete, a cero. ¿Quiere que continuemos?

**PROFESOR.**- Dé cartas. A ver si consigo hacer por lo menos un punto.

**CAPITÁN.-** (*Dando las cartas*) ¿Puedo decirte una cosa en confianza?

**PROFESOR.-** Por favor.

**CAPITÁN.-** ¿No se va a ofender?

**PROFESOR.-** No creo.

**CAPITÁN.-** Sabe usted, nosotros en el ejército tenemos a veces un espíritu un poco cuartelero.

**PROFESOR.-** Me parece normal.

**CAPITÁN.-** Si acaso le ofendiera, le pido disculpas de antemano.

**PROFESOR.-** Diga lo que sea, tengo curiosidad.

**CAPITÁN.-** Usted, si quiere ganarme por lo menos un juego, tendría que probar a jugar a cola de gato.

**PROFESOR.-** ¿Y eso qué es?

**CAPITÁN.-** O a ala de mosquito.

**PROFESOR.-** No le entiendo.

**CAPITÁN.-** O a pico de halcón.

**PROFESOR.-** Sí, pero...

**CAPITÁN.-** En resumen, que le bastaría que dejara de jugar al tum tu rum tun... Ah, ah, ah...

**PROFESOR.-** Ah, ah... Esta es buena.

**CAPITÁN.-** ¿Lo ha entendido?

**PROFESOR.-** Creo que sí.

**CAPITÁN.-** ¿Verdad que es buena? Pensándolo bien, yo diría que sutil... Al ejército se le achaca la falta de humorismo y no es cierto. ¿Sabe quién tiene la culpa? La televisión, que sólo transmite los desfiles, las ceremonias de los juramentos, las medallas de oro o la memoria de alguien, con los generales de uniforme, con sus fajines... o bien la guerra. ¡Demasiada seriedad! Y sin embargo el ejército, si se le conoce, está lleno de vida, siempre contento, incluso cara a la muerte... (*Se calla, esperando una reacción del Sr. Rossi, pero éste sigue absorto.*) Sí, sí, está rezando.

**PROFESOR.-** Schtt. Déjelo estar.

**CAPITÁN.-** Debe estar asustado.

**PROFESOR.-** Schtt. Me he quedado sin cerillas...

**CAPITÁN.-** Tome. Le presto estas... Ahora le toca barajar a usted.

**PROFESOR.-** (*Por el Sr. Rossi*). Tiene usted razón. Está rezando

**SR. ROSSI.-** Sí, continúen burlándose. ...También ustedes tendrían que rezar para que no sea verdad lo que pienso. Me gustaría verles la cara si por una puerta u otra, o por la pared o por donde sea apareciera alguien...

**CAPITÁN.-** ¿Alguien? ¿quién?

**SR. ROSSI.-** ¡Alguien! ¡Alguien! El que yo me figuro.

**CAPITÁN.-** ¿A quién se figura usted?

**SR. ROSSI.-** (*Señalando a lo alto*) «Alguien».

**CAPITÁN.-** ¡Ah, se refiere a Dios! ¿Porqué no decirlo? No es el diablo, el mismo nombre lo dice. Alguien, alguien, oiga lo que voy a decirle de una vez por todas: Primero, ésta idea que se le ha metido en la cabeza, que aquí estamos muertos y que sólo esperamos el visado de entrada, yo no lo creo. Segundo: aunque estuviera muerto, yo no le encuentro ninguna diferencia a estar vivo. A veces se dice: prueba a pellizcarte para saber si estás despierto o soñando. Muy bien: me he dado un golpe con la rodilla contra aquel mueble y he visto las estrellas, y luego, en cierto momento entra alguien. ¿Y ese alguien a qué vendría? ¿Que haría?

**SR. ROSSI.-** ¡Juzgarnos!

**CAPITÁN.-** Pues muy bien. Por mí «nada que declarar».

**SR. ROSSI.-** ¿Qué quiere decir «nada que declarar»?

(*El capitán y el profesor siguen jugando.*)

**CAPITÁN.-** Pues eso, que en mi vida he hecho nada de lo que deba arrepentirme. Entré a los dieciocho años en el ejército, cumplí siempre con mi deber, no he robado, no he hecho daño a nadie, ni durante la guerra, porque ni siquiera estuve en la guerra. He hecho lo que cualquiera puede pedirle a un hombre como yo.

**SR. ROSSI.-** ¿Sin ninguna duda?

**CAPITÁN.-** Ninguna. En el código militar no caben las dudas. Eso queda para los afeminados o los filósofos.

**SR. ROSSI.-** En resumen. Conciencia tranquila.

**CAPITÁN.-** ¡Que descansen la tropa! ¡Las cuatro y sin novedad!

**SR. ROSSI.-** ¡Este hombre me ataca los nervios!

**CAPITÁN.**- Al Padre Eterno le diría: «Querido Padre, ¿usted esperaba algo más de mí?, pues haberme hecho distinto.»

**SR. ROSSI.**- ¿Cómo?

**CAPITÁN.**- ¿Quería que yo fuera un santo, un héroe o un gran hombre? Pues haberme hecho santo, héroe o gran hombre.

**SR. ROSSI.**- ¡No le aguanto!

**PROFESOR.**- ¡Un momento! Creo que el capitán acaba de tocar un punto crucial del problema de la vida. El libre albedrío.

**SR. ROSSI.**- ¿El qué?

**PROFESOR.**- Que conste que yo no estoy a favor de uno ni de otro. Reconozco que la situación es un poco extraña y ocurren cosas curiosas. Si estamos verdaderamente muertos y nos encontramos en la digamos antecámara del más allá... yo lo acepto, no me rebelo, me conformo. *(El tono de su voz ha ido creciendo como si hablara al piso de arriba, como si sus palabras fueran destinadas a alguien que estuviera muy lejos. Luego vuelve a hablar en su tono normal)* Hablo de una forma hipotética, que quede claro... no obstante...

**CAPITÁN.**- No obstante...

**PROFESOR.**- No obstante... yo tampoco tengo grandes faltas que reprocharme. Tengo, digamos, la conciencia tranquila.

**SR. ROSSI.**- Y yo también. *Muy*, muy tranquila.

**CAPITÁN.**- Pues tal como se comporta, nadie lo diría. Está usted muy nervioso. Tenso, agitado y no para de decir: ¡no le aguanto!

**SR. ROSSI.**- Usted, usted es el que me pone nervioso con su calma de hipopótamo sumergido en el río o en el baño María, con su «nada que declarar», con las tonterías que dice... ¿Sabe lo que es usted? ¡Un inconsciente!

**CAPITÁN.**- ¿Pero qué he dicho?

**SR. ROSSI.**- Ha dicho que si no se ha comportado como un héroe o como un gran hombre la culpa es de «Alguien» que no le ha hecho héroe ni gran hombre.

**CAPITÁN.**- Yo no he hablado de culpa.

**PROFESOR.**- Ciertamente. Él no ha dado una definición. Sólo ha hecho una constatación.

**CAPITÁN.**- Exacto.

**SR. ROSSI.**- Según usted nadie sería responsable de nada. Si Hitler o Stalin, por ejemplo, hicieron lo que hicieron sólo se debe a que los hicieron así, ¡y Santas Pascuas!

**CAPITÁN.**- ¿Quién puede negarlo? Profesor, explíquese lo usted.

**PROFESOR.**- Esta es una cuestión tautológica y sin embargo innegable.

**CAPITÁN.**- Mire. Yo tengo un primo que se llama Adolfo: Es bajito, lleva un pequeño bigote en forma de mosca, si se hubiera echado un mechón de pelo hacia la frente, sería Hitler, clavado. Pero por nada del mundo hubiera hecho lo que hizo Hitler. Vive de una pequeña renta, no le interesan las mujeres ni los negocios y todo lo que tiene lo gasta en viajes... ¿por qué?

**SR. ROSSI.**- Si, dígame por qué.

**CAPITÁN.**- ¿Por qué no ha hecho nada de lo que hizo Hitler? Pues muy sencillo. Porque es diferente. Porque «Alguien» le ha hecho diferente.

**SR. ROSSI.**- Si fuera así, ¿para qué la justicia, las leyes, los procesos? Se podría matar a la esposa y decir luego, «perdón, yo soy así». Y nadie podría decir nada. Si en el ejército un soldado le da un puñetazo a la nariz del coronel, ¿qué ocurre? ¿Le dicen: pobrecillo, no tienes ninguna culpa, o bien le encierran en un calabozo?

**CAPITÁN.**- Calabozo, consejo de guerra y quizá un pelotón de ejecución.

**SR. ROSSI.**- ¡Lo ve usted!

**CAPITÁN.**- Pero no es lo mismo. ¡El coronel no es ese «Alguien» del que usted habla! El coronel no es responsable de cómo está hecho el soldado. Ni el general. Ni el ejército. Si un soldado me da un puñetazo en la nariz, no puede decirme: «a mí me han hecho así», porque yo le contesto «y a mí así» y le hago fusilar.

**SR. ROSSI.**- ¡No le aguanto!

**PROFESOR.**- Su punto de vista es interesante.

**CAPITÁN.**- Pero aún hay más. Si a ese Alguien del que usted habla, se le dice: «a mí me han hecho así». Se le podría añadir «Tú me has hecho así», ¿y qué contestaría?

**SR. ROSSI.**- ¿Qué contestaría?

**CAPITÁN.**- ¿Qué quiere usted que conteste?, nada. No hay respuesta... Es omnipotente, perfecto, bueno, justo, omnisciente, y muchas cosas más. Ha creado el cielo y la tierra y ni siquiera cae una hoja

sin su voluntad... Si un pobre diablo, aquí abajo, mata a su mujer, ¿a quién se debe? ¿Una hoja que ha caído mal? ¿Pero quién hace caer las hojas?

*(Pausa)*

**PROFESOR.**- Bueno, bueno... estamos exagerando. Yo buscaría un término medio, suavizar las cosas.

**CAPITÁN.**- No hay nada que suavizar.

**PROFESOR.**- Claro que sí. Es verdad que cada cual está hecho de una cierta manera, pero no es menos cierto que cada uno de nosotros tenemos un abanico de posibilidades donde elegir. Se puede ir un poco hacia un lado o un poco hacia el otro. *(Al Sr. Rossi)* Usted por ejemplo, es un industrial que paga sus impuestos, ¿o no los paga?

**SR. ROSSI.**- Claro que sí. ¡Qué remedio!

**PROFESOR.**- ¿Pero todos, todos? ¿No podría pagar un poco más o defraudar un poco menos?

**SR. ROSSI.**- Pues...

**PROFESOR.**- ¿Qué se lo impide? ¿Algo más fuerte que usted? ¿Algo que no puede usted dejar de hacer? No me diga que la culpa es de «Alguien». Si acaso la culpa será de usted, de nadie más que de usted.

**SR. ROSSI.**- ¡Un momento! yo pagaría todos mis impuestos con mucho gusto si... primero: todo el mundo pagara lo que le toca... segundo: si el Estado no derrochara mi dinero en cosas inútiles... y, tercero: si a ciertos desaprensivos, corruptos, no les sirviera mi dinero, para engordar sus cuentas en Suiza. Pero jamás he dicho que si pago o no pago mis impuestos la culpa sea de «Alguien», de arriba. Además no tengo ganas de discutir. *(Toma la guía telefónica de Singapur, se instala en su sillón y lee.)*

**PROFESOR.**- Yo tampoco pago los impuestos de mis clases particulares, lo reconozco. Mi mujer y yo ganamos poco y no he hecho nunca la declaración.

**CAPITÁN.**- Claro. Ustedes forman parte de las tres P.

**PROFESOR.**- ¿Las tres P?

**CAPITÁN.**- Párrocos, profesores y putas. Las tres categorías de defraudadores del fisco. Ja, ja, ja... Espero que no se haya ofendido.

**PROFESOR.**- No, no...

**CAPITÁN.**- Ya le he dicho que en el ejército gastamos bromas de cuartel. Pero sin mala intención.

**PROFESOR.**- Desde luego... De cualquier modo, he de reconocer que yo hubiese podido pagar los impuestos. Hubiera bastado un poco más de honradez.

**CAPITÁN.**- Usted, según esto no es honrado.

**PROFESOR.**- Parece que no. Y sé que con un mínimo de buena voluntad...

**CAPITÁN.**- ¿Y por que no usa esta buena voluntad?

**PROFESOR.**- ¿Quién sabe? Evidentemente, soy demasiado sensible a mis intereses.

**CAPITÁN.**- ¿Y por qué es tan sensible a sus intereses?

**PROFESOR.**- Bueno... cuestión de carácter.

**CAPITÁN.**- ¿Y no consigue cambiar su carácter?

**PROFESOR.**- Evidentemente estoy hecho así.

**CAPITÁN.**- ¿Lo ve usted? ¡Está hecho así! Si tuviera otro carácter menos sensible a sus intereses, con más voluntad y fuera un poco más honesto... ¡Pagaría sus impuestos! Pero sería otro y toda esta discusión no se hubiera producido ni en la tierra ni en el cielo.

*(El Profesor tiende los brazos, pero parece que renuncia.)*

**CAPITÁN.**- Como usted es así, no paga impuestos. Si fuera de otra manera, los pagaría. Eso es todo.

**SR. ROSSI.**- En resumen, según usted, todo está bien.

**CAPITÁN.**- *(Cantando)*

«Todo va bien,  
Sra. Baronesa  
Todo va bien  
Todo va bien...»

**SR. ROSSI.**- Según eso, el profesor no podría ser mejor de lo que es.

**CAPITÁN.**- Cierto, si no sería otro.

**SR. ROSSI.**- Y por eso este mundo...

**CAPITÁN.**- Este es el mejor de los mundos. No lo digo yo. Lo dijo no sé quién...

**PROFESOR.**- Leibnitz.

**CAPITÁN.**- ...Y yo estoy enteramente de acuerdo.

**SR. ROSSI.**- Nunca había visto un optimismo tan absurdo, ni tan cerril.

**CAPITÁN.**- *(Haciendo una cita)* «Si no puedes meter en la cama a la mujer más bella del mundo, haz co-

mo si la que metes en tu cama fuera la más bella del mundo.»

**SR. ROSSI.**- ¿Quién ha dicho eso? ¿Un ciego?

**CAPITÁN.**- Lo ha dicho mi tío, que tiene ochenta años y aún lee sin gafas.

**SR. ROSSI.**- ¿Y cuándo se despierta?, ¿cuando sale el sol? ¿Y si se levanta a media noche para hacer pipí y enciende la luz? ¡No quiero discutir!

**CAPITÁN.**- Era para matar el tiempo...

**SR. ROSSI.**- ¡No me hable usted de matar!

**CAPITÁN.**- ¡Perdón, perdón! Pero no entiendo qué se gana siendo pesimista... *(Pausa. El Sr. Rossi sigue con su lectura y el capitán canturrea.)*

Todo está bien  
señora baronesa  
todo está bien, todo está bien...

**PROFESOR.**- Pero... pero... usted no se figure que es tan optimista como se cree. Decir que éste es el mejor de los mundos posible... es una afirmación que tiene dos aspectos...

**CAPITÁN.**- *(Cantando)* Todo está bien, todo está bien...

**PROFESOR.**- Si bien se piensa uno puede decir: *(En tono triunfante)* Este es el mejor de los mundos. Sí, amigos, hermanos. ¡De todos los infinitos mundos posibles, nos ha tocado el mejor! Vale. Pero también se puede decir: *(En tono fúnebre)* Señores, no hay nada que hacer. Este mundo de mierda en que vivimos es el mejor de los mundos posibles. Nunca lo mejoraremos. ¡Ninguna esperanza! Kaput.

**CAPITÁN.**- ¡Perdón, perdón! No se complique usted la vida. ¿Sabe lo que digo cuando alguien quiere complicármela a mí?, lo que decimos en el cuartel...

**SR. ROSSI.**- ¡Váyase al carajo!

**CAPITÁN.**- Veo que usted también lo sabe.

**SR. ROSSI.**- Yo me pregunto si es necesario hablar, hablar y hablar, y después uno se pregunta de qué hemos hablado y ni siquiera lo sabemos. A troche y moche, sería la única respuesta. Por favor, estoy intentando leer y si no paran de hablar me cortan el hilo...

**CAPITÁN.**- Es difícil seguir el hilo de una guía telefónica. Hay demasiados personajes con el mismo apellido. *(Ríe. El Sr. Rossi se levanta y se encierra en el servicio con la guía de Singapur debajo del brazo)* ¿Cree que le he molestado?

**PROFESOR.**- Está un poco nervioso.

**CAPITÁN.**- Lo que le pasa es que tiene miedo. Debería tomarlo con más calma. Si se pone nervioso el primer día, con toda la eternidad por delante... *(Canta)*

«Todo va bien  
Sra. Baronesa  
Todo va bien  
Todo va bien...»

**PROFESOR.**- *(Se dirige al teléfono y marca un número)*  
Nada. No hay línea.

**CAPITÁN.**- ¿A dónde quería telefonar?

**PROFESOR.**- A mi casa.

**CAPITÁN.**- ¿A estas horas?

**PROFESOR.**- Quería saber... si yo estaba allí.

**CAPITÁN.**- ¿Qué le iban a responder? Que no.

**PROFESOR.**- Quizá podría responderme alguien, con voz fúnebre, y me dijera: «El profesor Saponaro ha tenido un accidente... El profesor Saponaro ya no está...»

**CAPITÁN.**- ¿También usted se ha dejado impresionar por nuestro amigo? ¡Esto es una epidemia!

*(En este momento suena el teléfono. Los dos se paran. La puerta del servicio se abre y aparece el Sr. Rossi que se queda también como paralizado: dos, tres, cuatro, cinco timbrazos.)*

**SR. ROSSI.**- ¿Por qué no contestan?

**CAPITÁN.**- Yo no espero ninguna llamada. Seguro que no es para mí.

**PROFESOR.**- *(Al Sr. Rossi)* Conteste usted.

*(Dos o tres timbrazos más. Luego se para.)*

**SR. ROSSI.**- Han colgado. ¿Y por qué coño no han contestado?

**PROFESOR.**- ¿Por qué no ha contestado usted?

**SR. ROSSI.**- Ustedes estaban más cerca.

**PROFESOR.**- Pero usted está más preocupado.

**SR. ROSSI.**- ¿Y tiene que contestar el más preocupado?

**CAPITÁN.**- ¿Entonces quién? ¿El que está más tranquilo?

*(Suena otra vez el teléfono.)*

De acuerdo Sres., suena el teléfono, yo contesto. El caballero sin miedo contesta al teléfono. Lo descuelga con una mano (*Lo hace*) y dice... ¿Diga? Aquí INFOMAC, pensión Aurora y Ediciones Minerva, según su gusto. ¿Como? ¿Qué dice? No. Lo siento. Se ha equivocado. De nada, de nada, son cosas que pasan. La hora es un tanto intempestiva, es verdad, pero casualmente estamos todos despiertos. Buenas noches a usted. (*Cuelga*). Un error. Preguntaban por una panadería.

**SR. ROSSI.**- ¿Y antes?

**CAPITÁN.**- Antes era el mismo. No le han contestado y ha vuelto a marcar.

**SR. ROSSI.**- ¿Se lo ha dicho él?

**CAPITÁN.**- No, pero es lo lógico.

**SR. ROSSI.**- De lógico, nada.

**CAPITÁN.**- La prueba es que ha vuelto a llamar.

**SR. ROSSI.**- No era el mismo.

**CAPITÁN.**- ¿Cómo lo sabe?, si ni siquiera hemos contestado.

**SR. ROSSI.**- Nadie se equivoca dos veces seguidas de la misma manera.

**CAPITÁN.**- El evangelio dice que hasta el más justo se equivoca cada día siete veces siete.

**SR. ROSSI.**- Una equivocación es fácil. Se marca un nueve en vez de un ocho o un cuatro en lugar de un tres, pero si vuelve a marcar hay pocas probabilidades de cometer el mismo error. Una entre mil o una entre cien mil... Sólo hay una manera de marcar el número exacto, pero hay infinitas posibilidades de equivocarse.

**CAPITÁN.**- ¿Cómo? Una sola manera de marcar el número exacto...

**SR. ROSSI.**- E infinitas maneras de equivocarse.

**CAPITÁN.**- Esto me parece una tontería. Si fuera así, la gente se equivocaría casi siempre y sin embargo la mayor parte de las veces marca el número que desea.

**SR. ROSSI.**- No estoy de acuerdo.

**CAPITÁN.**- ¿Qué opina usted Profesor?

**PROFESOR.**- A mí los números... Yo enseño letras. (*El Profesor va al teléfono a llamar otra vez*). No hay línea. ¿Y eso cómo se lo explica?

**CAPITÁN.**- ¡Usted también! Será un aparato sólo para recibir llamadas.

**PROFESOR.**- Es posible. Tengo sed. ¿Quieren alguna cosa? (*Va a la nevera.*)

**CAPITÁN.**- No, gracias.

**PROFESOR.**- (*Al Sr. Rossi*) ¿Y usted?

(*Pero el Sr. Rossi no contesta. Tiene la guía telefónica sobre sus rodillas, y ha llevado su mano al corazón con un gran gemido.*)

**CAPITÁN.**- Deprisa, deprisa... dele algo fuerte.

**PROFESOR.**- En el servicio quizá haya un botiquín.

**CAPITÁN.**- En la nevera... un Coñac.

**PROFESOR.**- Pero si ahí no hay... (*Se interrumpe, corre a la nevera, la abre, allí hay una botella de coñac y una copa*). Napoleón, cinco estrellas. Esto resucitaría a un muerto.

**SR. ROSSI.**- ¡No, no, eso no!

**PROFESOR.**- ¿Pero qué le ha pasado? ¿Se ha sentido mal?

**SR. ROSSI.**- En... en... en la guía...

**PROFESOR.**- ¿Qué guía?

**SR. ROSSI.**- La guía telefónica de Singapur.

**PROFESOR.**- ¿La guía de Singapur? (*El Sr. Rossi hace con la cabeza signos afirmativos.*) ¿Y qué le pasa a la guía de Singapur?

(*Por toda respuesta el Sr. Rossi, aterrorizado, se golpea el pecho varias veces con el índice.*)

**PROFESOR.**- ¿Usted?... ¿Usted qué?

**SR. ROSSI.**- Yo... yo estoy. ¿Entiende? Estoy en la guía de Singapur. Está mi nombre, mi apellido... ¡En Singapur!

**PROFESOR.**- Pero, ¿qué dice?

**SR. ROSSI.**- Yo..., yo estoy en la guía.

**PROFESOR.**- Cállese. Debe ser una coincidencia.

**SR. ROSSI.**- No, profesor, no es una coincidencia... ¡Es una prueba!

**CAPITÁN.**- ¿Tiene usted, por casualidad, una casa en Singapur? ¿No? Entonces no se preocupe.

**SR. ROSSI.**- ¡Es una prueba! Esta guía no es la de Singapur. Es una broma siniestra de «Alguien», que se está divirtiendo con nosotros. Es la lista del día, o del mes, o de la semana... nombres, nombres y más nombres, vea, ingleses, franceses, alemanes...

**PROFESOR.**- En Singapur hay gente de todos los países. Es una ciudad muy cosmopolita.

**SR. ROSSI.**- Nada de eso. Es la lista de los que están en Singapur... por que ya no están en ninguna otra parte del mundo. Por que ya no existen. Por que están muertos... ¿Lo entiende? Muertos. Y yo, yo estoy en esa lista, ¡yo!

*(Mientras tanto el Capitán ha cogido la guía y la ojea.)*

**CAPITÁN.**- ¿Lo ven? No hay por qué tener miedo. *(Los dos le miran esperando su explicación)* Aquí también hay uno que se llama igual que yo.

*(El Sr. Rossi se derrumba. El Profesor se precipita hacia el Capitán y le arranca la guía de las manos.)*

**PROFESOR.**- Démela. Déjeme ver. *(Busca febrilmente en la guía murmurando entre dientes)*. Saponaro, Saponaro con dos P.... Sansón, Sánchez, Saponovv, Sapor... calma señores. Aun no se ha dicho la última palabra. Aquí no está Saponaro. *(Al Sr. Rossi)* ¿Lo ha oído usted? Yo no estoy.

**CAPITÁN.**- *(Tomando la guía de teléfonos y ojeándola con calma)*. ¿Cual es su nombre de pila?

**PROFESOR.**- Vittorio, ¿por qué?

**CAPITÁN.**-Aquí está. Saponaro, Vittorio. Con una sola P., una falta de ortografía bastante lógica. ¿Se da cuenta?. Después dirán del ejército.

**SR. ROSSI.**- Cállese usted por el amor de Dios. ¡O se calla o le estrangulo con mis propias manos!

**CAPITÁN.**- No sea usted incoherente, si estamos realmente muertos como usted dice, ¿para qué me va a estrangular? No le serviría para nada.

**SR. ROSSI.**- Estaba leyendo la Biblia hace un momento. La he abierto al azar y con los ojos cerrados he puesto un dedo sobre una página cualquiera y he leído «vendré por la noche, como un ladrón»... La noche está a punto de terminar... y aquí estamos, esperando...

*(Una pausa impresionante.)*

**CAPITÁN.**- ¿Pero quién ha de venir?

**PROFESOR.**- ¡Cállese, por Dios!

*(Los tres hombres están inmóviles. El Sr. Rossi, aterrado, el profesor preocupado y el capitán tranquilo como siempre. De pronto se oyen tres golpes. Uno, dos y tres. Los hombres reaccionan según su carácter. De pronto se abre en el suelo una trampa que cae sobre el suelo con mucho ruido, levantando una nube de polvo. Poco después, lanzados por una mano invisible, salen del agujero de la trampa, diversos trapos y gamuzas que caen en el suelo. El Sr. Rossi cae de rodillas, mientras se hace el oscuro.)*

### Cuadro segundo

*(Volvemos un poco atrás. La trampa se acaba de abrir y por el agujero salen trapos y gamuzas que caen en el suelo. El Sr. Rossi, cae de rodillas. Todos, paralizados, tienen los ojos fijos en la trampa. Enseguida se ve salir un brazo que pone junto a los trapos un cubo. Luego una escoba y luego una maleta de cartón. Finalmente, saliendo con dificultad por el agujero de la trampa, una mujer más bien desaliñada. Bata de color indefinido, pañuelo en la cabeza que malcubre unos «bigudíes» que evidentemente se puso ella misma en su casa. Por fin sale de la trampilla, estirándose y removiendo un poco el trasero, siempre de cara a los espectadores, es decir de espaldas a los personajes, a los que, por tanto, no puede ver. Lanza un suspiro de fatiga y de aburrimiento. Luego toma el asa del cubo y se da cuenta de que no tiene agua. Es entonces cuando ve a los tres hombres que la miran fijamente, inmóviles.)*

**LA MUJER.**- Ah, buenos días.

**PROFESOR.**- Buenos días.

**LA MUJER.**- Estoy aquí para hacer la limpieza. ¿Dónde está el cubo de fregar?

*(El Capitán señala el servicio con el brazo, pero la mujer ya lo ha visto o lo recuerda)*

**LA MUJER.**- Ah, sí, claro. Está ahí. *(Al pasar junto al Sr. Rossi que sigue de rodillas)* Cuidado. El suelo está sucio, no vaya a mancharse el pantalón.

*(La mujer sale por la puerta del servicio. El Sr. Rossi se levanta, con la mano en el corazón. Se apoya en una silla.)*

**SR. ROSSI.**- ¿La han visto? ¿Quién será esa?

**CAPITÁN.**- Yo diría que la mujer de la limpieza.

**PROFESOR.**- Aparentemente... no puede ser otra cosa que una mujer de limpieza.

**SR. ROSSI.**- ¿Han oído lo que ha dicho? «Estoy aquí para hacer la limpieza.»

**CAPITÁN.**- Normal.

**SR. ROSSI.**- Depende. Eso puede decir muchas cosas (*Solemne con voz de oráculo amenazante*) «Estoy aquí para hacer la limpieza».

**CAPITÁN.**- No, ella no lo ha dicho con esa voz de actriz trágica. Ha dicho, sencillamente «Estoy aquí para hacer la limpieza».

**SR. ROSSI.**- «Y vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.»

**PROFESOR.**- ¿Quién? ¿La mujer de la limpieza?

**CAPITÁN.**- Pero qué impresionables son ustedes. Aunque hubiera dicho (*Imitando el tono del Sr. Rossi*) «Estoy aquí para hacer la limpieza»... (*En tono normal*) luego ha añadido «¿Dónde está el cubo de fregar?»

**PROFESOR.**- Además, seamos coherentes. Es una mujer, ¡una mujer, señores! Y según todas las tradiciones occidentales e incluso orientales ese «Alguien» del que usted hablaba es siempre masculino.

**SR. ROSSI.**- Oh sí, pero Dios es también nuestra madre. ¡Lo dijo el Papa!

**PROFESOR.**- ¿Qué Papa?

**SR. ROSSI.**- Juan Pablo I.

**CAPITÁN.**- ¿Ese que mataron a los cuatro días? Lo dijo y lo pagó. (*Gesto de cortar el cuello*) ¡Paac!

**SR. ROSSI.**- ¿Cómo?

**CAPITÁN.**- Quizá lo dijo... pero sus superiores lo desmintieron enseguida (*Repite el gesto*) ¡Paac!

**SR. ROSSI.**- No sea irreverente.

**CAPITÁN.**- No creía que fuera usted tan religioso.

**SR. ROSSI.**- Para su conocimiento le diré que no soy nada religioso. Ni siquiera creyente. Soy agnóstico, incluso ateo. (*Pausa*) Pero eso en condiciones normales. De día. Además uno puede cambiar de idea... al envejecer.

**CAPITÁN.**- Yo siempre he dicho que es mejor creer en Dios ¡Para lo que cuesta!

**PROFESOR.**- Por mi parte, como hombre de ciencia moderno...no veo la presencia de Dios en la historia. Ni los buenos son recompensados ni los malos castigados...

(*Se encuentra cerca de la puerta del servicio y casi distraídamente pone la oreja para escuchar. El Sr. Rossi le hace un gesto interrogativo como preguntándole si oye algo. El Profesor lo niega con otro gesto.*)

Aquí apetecería hacer un esquema de la historia, e incluso de la vida cotidiana. Los buenos, premiados y los malos castigados. Pero no es así.

**SR. ROSSI.**- Al contrario.

**PROFESOR.**- No, ni siquiera al contrario: porque incluso lo contrario sería un esquema. ¡No! Uno comete las mayores barbaridades y tanto puede terminar mal que bien. Otro es el más íntegro de los mortales y lo mismo: puede ser víctima de la desgracia o vivir su vida sin el menor disgusto. La gente dice: era bueno y tuvo su recompensa. O aquel era un bestia y un día u otro lo paga. O quizá nada. ¡La providencia no se ve por ninguna parte! Tenían razón los antiguos al decir que los dioses eran caprichosos. El capricho parece que explica las cosas mejor que la providencia. Todo marcha así...

**CAPITÁN.**- Al tun tu run tun. ¡Exacto! Como cuando usted juega a las cartas. Perdona, no he querido ofenderle. Pero nosotros los militares...

**SR. ROSSI.**- Tienen el espíritu de cuartel. Lo sabemos. Pero usted con eso del espíritu cuartelero, suelta todas las estupideces que quiere...

**CAPITÁN.**- ¿Aún está nervioso?

(*Se abre la puerta del servicio. La mujer sale frotándose la barriga.*)

**LA MUJER.**- ¿Alguien ha visto?

**PROFESOR.**- ¿Qué? ¿Qué?

**LA MUJER.**- ¿...Una botella de Miroflor?

**PROFESOR.**- ¿Qué?

**LA MUJER.**- Miroflor. Es un detergente.

**PROFESOR.**- No. No.

**CAPITÁN.**- No.

**LA MUJER.**- (*Al Sr. Rossi*) ¿Y usted? (*Sin decir una palabra, Rossi se acerca a la nevera, lo abre y saca de allí un frasco de detergente que le entrega a la mujer con un gesto casi litúrgico, insinuando una tímida genuflexión. La mujer lo coge, un tanto halagada, casi con coquetería*) Están aquí por lo de la alarma ¿no? (*Siguen afirmativos y lacónicos sí, de los tres*). Impresiona un poco, es una cosa nueva... Pero pronto terminará. (*La mujer entra en el servicio, dejando esta vez la puerta abierta. Sus frases han caído sobre los hombres con un impacto diferente. Pausa.*)

(*El Capitán para distender un poco el ambiente canturrea.*)

**CAPITÁN.-** *(Cantando)*

«Todo va bien  
Sra. Baronesa  
Todo va bien  
Todo va bien...»

*(Pero ante una terrible mirada del Sr. Rossi se calla en seco, con un gesto de excusa. Del servicio llega el ruido del agua del retrete. Pausa.)*

**LA MUJER.-** *(Que ha salido, cerrado la puerta del servicio, cogido la escoba, canta las primeras estrofas del Ave María de Schubert)*

«Aaaa-ve Ma-rii-aaa».

*(Tímidamente, el Sr. Rossi va acompañándola en su canción, suavemente, con la boca cerrada... con las manos juntas, como en oración.)*

**SR. ROSSI.-** «Mmmmm - mmm - mmm - ...»

*(Cuando la mujer deja de cantar el Sr. Rossi hace lo mismo.)*

**LA MUJER.-** ¡Seis días trabajando, sin parar, y solo un día de descanso! Aquí todo el mundo hace semana inglesa, menos yo. Por lo visto soy imprescindible. Si yo paro, todo se para.

**SR. ROSSI.-** *(Acercándose con precaución con aire de mártir)* ¿Puedo... echarle una mano?

**LA MUJER.-** *(Después de un instante de extrañeza)* Si quiere... Tome, la escoba. *(Le da la escoba).*

**CAPITÁN.-** ¡Tararii!... ¡A barrer! Ar.

**LA MUJER.-** ¿Ud. es militar?

**SR. ROSSI.-** *(Con odio)* Sí, es capitán.

*(Pausa)*

**PROFESOR.-** Yo también la ayudaría con gusto... para no quedarme con los brazos cruzados.

**LA MUJER.-** ¿Sabe limpiar cristales?

**PROFESOR.-** Eso no me lo enseñaron en el doctorado, pero probaré.

**LA MUJER.-** ¿Profesor?

**PROFESOR.-** Sí.

**LA MUJER.-** ¿Y Ud.?

**SR. ROSSI.-** Una pequeña industria.

**CAPITÁN.-** La tradicional galantería del ejército no me permite quedarme inactivo ¿Puedo?

**LA MUJER.-** Quite usted el polvo *(Y le da un trapo)* Son ustedes muy amables. Yo voy a descansar un momento... Ya no soy joven, tengo más años de los que aparento. A veces tengo la impresión que estoy en este mundo desde siempre... que antes que yo, no había nadie. *(Se acerca al refrigerador y lo abre)* Tomaré un vasito de quina San Clemente.

*(Y después de sacar un vaso con su quina, se sienta en el sillón y lo toma a sorbitos. Los otros tres se han puesto a trabajar. El Sr. Rossi barre, el Capitán quita el polvo de los muebles y el Profesor se ha subido a una silla para limpiar los cristales. Pausa.)*

**SR. ROSSI.-** *(No sin esfuerzo, como si se confesara)* Yo... le he puesto a veces los cuernos a mi mujer... pero, ¡cuidado! siempre pagando. Voy a misa... voy poco, lo confieso pero más por pereza que por mala voluntad. A veces he hablado mal de los curas, aunque estoy seguro de que en ciertos casos, «arriba» hubieran estado de acuerdo conmigo. Además... si puedo evadir algún impuesto, lo hago... por lo de la crisis... aunque si tuvieran que condenarme por esto, condenarían a todo el mundo. Pero eso sí, nunca he hecho daño a nadie. Bueno, una vez despedí a veinte obreros y quizá hubiera podido evitarlo *(Reflexiona)* Sí, quizá hubiera podido...

**LA MUJER.-** Eso le ha ocurrido también a mi hijo.

**SR. ROSSI.-** ¿Lo despidieron?

**LA MUJER.-** De mala manera. Al principio todo eran alabanzas, sonrisas y luego, de la noche a la mañana...

**SR. ROSSI.-** ¿Hijo... único? *(La mujer hace un signo afirmativo con la cabeza).* Lo siento.

**LA MUJER.-** Pero es lo que yo digo. Por cada obrero despedido, hay siempre un patrono que despide. ¿No lo había pensado nunca?

**SR. ROSSI.-** Nunca... pero lo pensaré.

**LA MUJER.-** ¡Ahora es demasiado tarde! A mi pobre hijo le han hecho pasar un verdadero calvario.

**SR. ROSSI.-** Si claro... pero después... él está... él está... está... *(hace un gesto indicando el cielo).*

**LA MUJER.-** ¿Cómo?

**SR. ROSSI.-** Nada, nada... *(Y sigue barriendo).*

**CAPITÁN.-** ¿Yo qué puedo decirle? Me enrolé en el ejército a mis dieciocho años porque me había enamorado, de una muchacha... muy bonita o al menos a mí me lo parecía. Queríamos casarnos pero no teníamos un céntimo. Y la única manera de

hacer las cosas honestamente, ¡honestamente, insisto!, según el quinto mandamiento... no, el sexto.

**SR. ROSSI.**- *(Impaciente)* Entendido, adelante.

**CAPITÁN.**- La única manera era entrar en el ejército. Salario asegurado, rancho asegurado, jubilación asegurada.... Si tuviera que hacerme algún reproche sería que he vivido un poco a la buena de Dios. Apenas he dado golpe. No he servido para gran cosa... Pero ¿qué podía hacer? No soy, precisamente, un Napoleón...

**PROFESOR.**- Pues yo, por mi parte... *(reflexiona)* No, no, ¡me niego! Soy un intelectual, punto. Y estoy aquí porque, dos puntos: he escrito un libro, lo he enviado a la editorial Minerva, ha sido aceptado, me he presentado para recoger las pruebas de imprenta y me ha sorprendido la alerta antipolución. Punto. Esto es todo. Ni soy marica, ni un salvaje, ni leo nunca los horóscopos. Punto de exclamación. Estoy convencido de que cuanto ocurre en el mundo es lógico y natural y por lo tanto racionalmente explicable.

*(Se ha agitado tanto que la silla a la que estaba subido, se rompe. El Profesor cae, pero se levanta enseguida furioso.)*

Se ha roto la silla. De acuerdo. Toda silla puede romperse y ésta se ha roto. Era previsible, las sillas están hechas para sentarse no para subirse en ellas. Es más, si hubiéramos calculado mi peso, la resistencia de la silla y la fragilidad de las patas podía predecirse con absoluta certeza, en qué momento iba a romperse. Además no me he hecho daño.

**LA MUJER.**- Se le ha roto el pantalón.

**PROFESOR.**- Normal. Cuando uno se cae de una silla se le rompe el pantalón. Lo siento, porque aunque lo compré de rebajas, era carísimo. El traje... es casi nuevo. Esto me fastidia, sí. Me ha costado setecientas mil liras, en rebajas, pero de cachemir, para las grandes ocasiones y me lo he puesto pensando que hablaría con el mismo editor y está claro que esto no se puede arreglar, maldita silla, me daría golpes contra la pared, la idea de tener que comprarme otro, me hace llorar. Ufff.

*(Pausa)*

**CAPITÁN.**- *(Al Sr. Rossi)* ¿Quiere que se lo pregunte?

**SR. ROSSI.**- ¿Preguntar, qué?

**CAPITÁN.**- Le digo: «¿Perdón Ud. quién es?» o quizá «Discúlpeme, pero ¿es usted Dios?»

**SR. ROSSI.**- ¿Está Ud. loco?

**CAPITÁN.**- Eso no compromete nada.

**PROFESOR.**- *(Dándose cuenta del conciliábulo)* ¿Pasa algo?

**CAPITÁN.**- Nada. Que le he dicho «quiere que le pregunte concretamente si ella es o no es ...» Si no lo es, pensará que estamos locos, pero qué más da. Si lo es... bueno... seguro que no nos va a mentir.

**PROFESOR.**- ¡Basta! Esto es ridículo.

**SR. ROSSI.**- ¿Usted había limpiado cristales alguna vez?

**PROFESOR.**- ¿Yo? Nunca.

**SR. ROSSI.**- Pues ya ve usted que no es tan ridículo...

**PROFESOR.**- *(Volviéndose para mirar a la mujer)* No hay nada en esa mujer que pueda hacernos pensar en... Aunque, si quieren, podríamos probar con preguntas indirectas.

**CAPITÁN.**- ¡Está fumando! *(En efecto ha sacado un cigarrillo, lo enciende y fuma. Todos la miran extrañados.)*

**LA MUJER.**- ¿Les molesta el humo?

**LOS TRES.**- ¡¡Nooo!!

**LA MUJER.**- *(Mirando su cigarrillo)* ¡Esto del tabaco es un invento del demonio!

**SR. ROSSI.**- *(Alarmado)* ¿Lo han oído?

**CAPITÁN.**- No ha dicho nada raro.

**SR. ROSSI.**- ¿Por qué tenía que nombrar al diablo? ¿Por qué no ha dicho que el tabaco es malo o que el humo ataca a los pulmones? Todo lo que dice es muy extraño, muy ambiguo...

**CAPITÁN.**- Yo no veo la ambigüedad por ninguna parte.

**SR. ROSSI.**- Usted es muy listo, ¿verdad?

**CAPITÁN.**- Más que usted, desde luego.

**PROFESOR.**- *(Atajando la discusión, se dirige a la mujer)* ¿Usted no sabe que el fumar perjudica gravemente la salud?

**LA MUJER.**- ¿Cómo no voy a saberlo?

**SR. ROSSI.**- *(Volviendo a la conspiración)* ¿Lo han oído?

**CAPITÁN.**- ¿Oído, qué?

**SR. ROSSI.**- ¿Qué habrá querido decir?

**CAPITÁN.**- Ha querido decir que lo sabe. Es una forma reumática.

**PROFESOR.**- Retórica.

**CAPITÁN.**- Que quiere decir «lo sé».

**SR. ROSSI.**- Pero no ha dicho «lo sé» sino «cómo no voy a saberlo» O sea, ¿cómo no voy a saberlo yo? ¡Yo! que lo sé todo, que soy omnisciente.

**CAPITÁN.**- Pero usted es tonto del culo.

**SR. ROSSI.**- ¿Cómo?

**CAPITÁN.**- Perdona, se me ha escapado. Le pido disculpas. Es una expresión de cuartel. Nosotros, los militares...

**PROFESOR.**- Pero como metáfora, ¿que quiere decir?

**CAPITÁN.**- Quiere decir que para la cosa más sencilla del mundo, elige siempre el camino más complicado, menos lógico, menos natural.

**SR. ROSSI.**- ¿Yo?

**PROFESOR.**- Sí, usted, perdona. No quiero insistir en la expresión usada por el capitán...

**CAPITÁN.**- Nosotros, los militares... ¿Sabe usted?

**PROFESOR.**- Tienen además de una eficacia descriptiva, cierta sintetización pintoresca...

**SR. ROSSI.**- ¿Tonto del...?

**PROFESOR.**- No puede negarse que efectivamente expresa el concepto de...buscar caminos extraños... donde normalmente, no hay ninguna necesidad. En efecto, «cómo no voy a saberlo» es una expresión banal y corriente...

**CAPITÁN.**- ¡Por favor!

**SR. ROSSI.**- ¿Y cuando ha dicho que trabaja seis días de la semana y descansa el séptimo?

**PROFESOR.**- Será el convenio sindical.

**SR. ROSSI.**- ¿Y que si ella para, todo se para?

**PROFESOR.**- Todo el mundo se cree indispensable.

**SR. ROSSI.**- ¿Y lo del hijo único?

**PROFESOR.**- Mucha gente tiene sólo un hijo. Yo mismo soy hijo único.

**CAPITÁN.**- Yo tengo una hermana pero no nos vemos casi nunca.

**SR. ROSSI.**- Pregúntele a qué se dedica su hijo.

**PROFESOR.**- ¿Quiere que le pregunte por el oficio de su hijo?

**SR. ROSSI.**- *(Con un tono de desafío)* Sí.

**CAPITÁN.**- Yo lo hago. *(A la mujer)* Perdóneme señora, pero su hijo ¿no será, por casualidad carpintero?

**LA MUJER.**- No.

**PROFESOR.**- *(Con aire de venganza)* Ah.

**LA MUJER.**- *(Después de una pausa)* Su padre era carpintero. *(Ha terminado su cigarrillo y se levanta. Les mira como pidiéndoles que reempresen su trabajo)* Lo siento, pero he de marcharme en cuanto acabe la alerta... Si quieren yo lo termino...

**SR. ROSSI.**- ...No, no.

**CAPITÁN.**- Enseguida acabamos.

**PROFESOR.**- Nos hemos distraído hablando...

*(Los tres reempresen sus respectivos trabajos con energía.)*

**LA MUJER.**- Esta mañana tengo un montón de cosas que hacer. Lo primero quitarme estos rulos *(Coge la maleta y se dirige al servicio, pero ya en la puerta contempla a los tres trabajando)* De todas maneras es hermoso verles a ustedes.

**CAPITÁN.**- ¿Por qué?

**LA MUJER.**- Un profesor, un capitán y un industrial ayudando al pueblo... ¡Esto no se ve todos los días! ¿Ha sido por la alarma? Bueno... Una tiene que sacar de la vida lo que pueda. Como se dice vulgarmente: «agua que no has de beber, déjala correr». *(Y hace mutis).*

**SR. ROSSI.**- ¿Lo han oído? «agua que no has de beber, déjala correr». ...¿Es un mensaje?, ¿una orden?, ¿un desafío?

**CAPITÁN.**- Es una canción más vieja que la tos. *(Canta)* «Agua que no has de beber, déjala correr, déjala, déjala.»

**SR. ROSSI.**- Pero ella no la ha cantado. Sólo lo ha dicho... y eso debe querer decir otra cosa.

**PROFESOR.**- Un momento. Yo quisiera decir algo. Una simple consideración sobre el valor de cualquier frase sacada de contexto.

**SR. ROSSI.**- No nos venga ahora con juegos intelectuales.

**PROFESOR.**- Por ejemplo «Agua que no has de beber» evidentemente no es más que una canción.

**CAPITÁN.**- Es lo que yo digo.

**PROFESOR.**- Pero ahora escuchen (*Coge el libro negro de las manos del Sr. Rossi y lee en tono bíblico*) «En aquel tiempo, habiendo roto las amarras, la barca de Simón y sus hermanos, era arrastrada por la corriente del lago Tiberiades. Simón, dirigiendo hacia Él sus brazos gritó entre lágrimas: «Maestro, maestro, no ves que se han roto las amarras y nos arrastran las aguas. ¿Por qué no vienes a auxiliarnos?» Pero Él, sin apartarse de los fieles que le rodeaban, le contestó: «Simón, hombre de poca fe, ¿crees que corriente alguna puede arrastrar tu barca, sin la voluntad de mi Padre que está en los cielos? En verdad, en verdad te digo que agua que no has de beber, déjala correr.»

**SR. ROSSI.**- ¿Lo ven? ¡Hasta está en el Evangelio!

**PROFESOR.**- No lo crea. Me lo acabo de inventar.

**CAPITÁN.**- ¿Cómo dice?

**PROFESOR.**- Y ahora esta otra: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.»

**SR. ROSSI.**- Esto es del Evangelio, aunque no sé de donde, pero está en el Evangelio.

**PROFESOR.**- Exacto. Pero fíjese bien. Enciendo el televisor y me encuentro con el festival de la canción de San Remo, donde una muchacha en minifalda y chaquetilla de piel canta: (*Se pone a cantar*)

«Ta ra ta ta

ta ra ta ta

zum zuuuuum

oh, yes.»

Refrán:

«Dad al César

lo que es del César.

Dad a Arturo

lo que es suyo

y al buen Dios

lo que es de Dios.

Ay, mamá, mamá, ay sí

porque la vida, la vida es así.»

etc., etc., etc...

(*Deja de cantar. Los demás le miran atónitos.*)

¿Qué les parece?

**SR. ROSSI.**- Ha enloquecido.

**CAPITÁN.**- Perdona, si pudiera repetirlo. Se me ha escapado algo...

**PROFESOR.**- Muy sencillo, que en literatura, como en la vida, el hábito hace al monje. Que una misma frase en una cancioncilla puede resultar una idiotez pero con un buen envoltorio -el lago Tiberiades-, y precedida de «en verdad, en verdad os digo», puede convertirse en una de esas maravillosas frases que se repiten desde el púlpito durante dos mil años.

**CAPITÁN.**- ¿Cómo, cómo? Déjeme reflexionar...

**PROFESOR.**- Como decía Wittgenstein, la filosofía es la lucha del hombre contra la ambivalencia del lenguaje.

**SR. ROSSI.**- Déjese de Witt...o lo que sea y vaya al porqué.

**PROFESOR.**- El porqué, es que efectivamente usted puede tener razón. El significado de todo lo que ha dicho la mujer depende del qué. De lo que creemos y de lo que sea. Si es el Espíritu Santo, cualquier sílaba pronunciada tiene un increíble y misterioso significado. Pero si no es más que una mujer de limpieza, como obviamente es, no existe ningún doble fondo: la persona tonta siempre será tonta.

**CAPITÁN.**- Puede ser una mujer de la limpieza inteligente.

**SR. ROSSI.**- No divaguemos.

**CAPITÁN.**- ¿Quiere que le diga una cosa? Pues que bendito sea el Ejército. Ustedes los intelectuales nunca saben muy bien de qué están hablando, no sé de qué les sirven tantos estudios. En el ejército, quizá no sepamos quién es Sherezade pero todo está claro. ¡De frente march! quiere decir: ¡adelante!, ¡Alto! quiere decir que se paren. «¡Derecha, ar!» quiere decir a la derecha e «¡izquierda ar!» a la izquierda. (*Se va entusiasmado y sigue con sus órdenes militares*) «¡Formación... marchen! uno dos, uno dos... paso... paso... ¡Cargueen! Pelotón... ¡Alto!» (*Cambia de tono*) Solo faltaría que cuando el sargento grita «izquierda» la mitad del pelotón girara a la izquierda y la otra mitad a la derecha... Ustedes los profesores deberían darse una vuelta por los cuarteles.

**PROFESOR.**- Zaratustra.

**CAPITÁN.**- ¿Como?

**PROFESOR.**- Que no es Sherezade, es Zaratustra.

**SR. ROSSI.**- Y mientras tanto no hemos resuelto nada.

**PROFESOR.**- No hay nada que resolver.

(*Un ruido, proveniente de los servicios hace que los tres se vuelvan en esa dirección. Se abre la puerta y sale la mu-*

jer. Está totalmente transformada. Lleva en la mano su maleta de cartón pero viste un elegante traje, bien peinada, sin bigudíes, zapatos de tacón alto, perfectamente maquillada... Apenas ha salido se oyen las sirenas que anuncian el fin de la alerta...).

**LA MUJER.-** La alarma ha terminado, menos mal. (*Echa una mirada a la habitación*) No es precisamente un espejo... pero puede pasar. Han sido ustedes muy amables. ¿Qué miran? ¿mi vestido? Es un regalo de mi hijo, yo con mi sueldo no me lo hubiera podido permitir... (*Abre la maleta, y va metiendo en ella lo que los demás le tienden. Pone dentro los trapos, el cubo y la escoba que se reduce como un telescopio. Luego se acerca a la trampa, la abre y deja la maleta junto al agujero*) Buenos días y otra vez gracias. ¿No les molestará pasarme la maleta?

(*Se desliza por el agujero de la trampa, toma su maleta que se la tiende el Capitán y la mete dentro. Ella está también a punto de desaparecer, cuando el Sr. Rossi lanza un grito.*)

**SR. ROSSI.-** ¡La guía telefónica!

(*Y en un gesto casi suplicante va a dársela para que se la lleve, pero ella la rechaza*)

**LA MUJER.-** No es mía.

**SR. ROSSI.-** Es de Singapur.

**LA MUJER.-** Entonces désela a él. (*Desaparece y cierra la trampa. Pausa.*)

**PROFESOR.-** (*Mirando por la ventana*) La calle se va animando. La gente empieza a circular.

**CAPITÁN.-** La alerta ha terminado.

**SR. ROSSI.-** Yo me pregunto para qué sirve todo eso.

**PROFESOR.-** Ha sido una curiosa experiencia.

**CAPITÁN.-** A mí hasta me ha divertido.

**SR. ROSSI.-** Ya basta ¿no creen? Yo tengo mil cosas que hacer... y no creo que sea curioso ni divertido perder todo un día. Además, ya se lo he dicho, me parece que...

**PROFESOR.-** Que ¿qué?

**SR. ROSSI.-** Que no ha terminado nada. Han jugado a cartas, usted se ha lavado los pies, usted se ha roto el pantalón...

**CAPITÁN.-** Yo le he contado una historia. A usted le ha entrado miedo...

**SR. ROSSI.-** Han dicho un montón de tonterías...

**PROFESOR.-** Shakespeare: «¿Qué es la vida? Una fábula contada por un idiota que no significa nada.»

**SR. ROSSI.-** Hemos hablado y hablado a lo tonto.

**CAPITÁN.-** No siempre se puede recitar Hamlet...

**SR. ROSSI.-** Pero al final ¿a qué conclusión han llegado? En fin yo me voy. Buenos días. Mucho gusto (*Da la mano al Profesor, luego al Capitán*) Mucho gusto (*Está un poco violento, ansioso... para irse*) Perdón pero no puedo entretenerme.... buenos días. (*Y se va precipitadamente por la puerta por la que entró, es decir baja la escalerilla y hace mutis por sala.*)

**CAPITÁN.-** Vaya, hombre. ¡Qué prisas!

**PROFESOR.-** Para él ha sido el fin de una pesadilla.

**CAPITÁN.-** Ni siquiera nos ha dicho hasta la vista.

**PROFESOR.-** No creo que tenga ganas de vernos nunca más. (*Le da una tarjeta*). Mi tarjeta...

**CAPITÁN.-** Gracias. Yo no puedo darle la mía porque en el servicio secreto las tarjetas de visita están prohibidas. De todas maneras me encontrará en la guía telefónica. Capitán Bigogniari. S.S.

**PROFESOR.-** ¿S.S.?

**CAPITÁN.-** Servicio Secreto. Ah y cuando quiera que le de una lección de póker... ya sabe (*Ríe*).

**PROFESOR.-** (*Ríe*) ¿Baja usted por ahí?

**CAPITÁN.-** No, bajaré por allá. Ha sido un placer.

**PROFESOR.-** El placer ha sido mío.

(*Hacen mutis, cada cual por su puerta. Después de una corta pausa, el Sr. Rossi vuelve precipitadamente, con verdadero pánico. Corre hacia el teléfono, marca un número pero no tiene línea. El Sr. Rossi golpea furioso el aparato gritando.*)

**SR. ROSSI.-** Oiga, oiga... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Oiga?

(*Por sus respectivas puertas entra ahora el Capitán y luego el Profesor. Ambos se quedan parados en sus quicios respectivos.*)

¡Mi puerta estaba cerrada!

(*Los otros dos no contestan. Lentamente se va haciendo un*

**O S C U R O**

**Fin de la obra**

# Post Scriptum

**E**n lo que se refiere al cuarto y último cuadro, la comedia tiene dos versiones. En el original, el misterioso personaje se presenta como *el Hombre de la limpieza*, vestido como tal. La obra entera se encuentra incluida en los *Cien argumentos del teatro italiano* que el autor ha seleccionado para la BUR. La versión de la *Mujer*, es una concesión a los usos y a las facilidades del teatro, ya que una mujer siempre le da mayor atractivo al reparto, que cuatro hombres solos; y de hecho así se ha representado siempre (excepto en una ocasión), en todas las puestas en escena.

Según la opinión del autor, si es que dicha opinión cuenta para algo, la solución masculina es la más rigurosa. El hombre es la cuarta máscara, corresponde a Zanni y completa el universo masculino y machista que simbolizan las máscaras de la comedia del arte. La *Mujer* quizás es más teatral, más agradable de ver y ciertamente permite situaciones más graciosas; pero se corre el peligro, como así ha sucedido, de ser identificada con la Virgen María, lo que no debiera ser así: Mujer u hombre el personaje no puede ser otra cosa que el Proletariado o Dios: cualquier vía intermedia es insuficiente e inútil.

Aunque las dos soluciones no comporten sino mínimas y obvias variaciones del texto. El cambio, en la versión masculina, en el sentido de que el personaje represente a Dios, es el que sigue:

**PROFESOR.-** Además, ¡seamos serios, señores! Es sólo un jovencuelo, poco más que un muchacho, mientras que según todas las tradiciones sobre todo las occidentales, ese Alguien es siempre un anciano.

**CAPITÁN.-** Pues a mí no me parece tan joven.

**PROFESOR.-** Todo lo más, treinta años.

**CAPITÁN.-** O sesenta.

**SR. ROSSI.-** Treinta o sesenta, son sólo detalles que no importan nada en un momento como éste. Además tengamos en cuenta una cosa.

**PROFESOR.-** ¿Qué cosa?

**SR. ROSSI.-** Que ese Alguien ... son tres.

**CAPITÁN.-** ¿Tres?

**SR. ROSSI.-** Tres, sí. ¿No ha hecho usted nunca la señal de la cruz? Padre, Hijo y Espíritu Santo.

**CAPITÁN.-** Bah, pero no parece que sea una paloma blanca. Ah, Ah ...

**SR. ROSSI.-** Está loco. Loco e inconsciente.

**PROFESOR.-** (*Al capitán*) Eh ... Bueno, perdóneme pero el señor quizás tenga razón.

Etc., etc.

## EPILOGO

«La naturaleza de las cosas no es más que su nacimiento en determinado tiempo, según determinadas circunstancias». Este pensamiento de Vico -que sin duda forma parte del bagaje cultural y del muestrario dialéctico del Profesor Sapponero-, me anima a definir la naturaleza de esta comedia, con la narración del cómo y del porqué de su nacimiento. Por el mismo motivo coloco estas páginas a modo de epílogo, para que sean leídas cuando la comedia ya haya sido vista o leída.

Salía de un teatro de Milán, después de haber asistido a la representación de no importa qué nueva comedia de no importa qué autor vivo italiano. Bastante fastidiado por la inconsistencia de su contenido y por la espesa cortina de humo de charlatanería que envolvía a esa inconsistencia, se me ocurrió apostar con unos amigos que una comedia como aquella, pura palabrería sin decir nada, también yo la hubiera escrito en cinco días.

A la mañana siguiente (evidentemente no tenía nada mejor ni más urgente que hacer) me senté frente al ordenador y puse manos a la obra. De allí salió para empezar, la descripción de una especie de habitación, no muy precisa, en la que hice entrar a un señor que durante unos segundos se paseaba por el local pidiendo permiso y que acababa metiéndose en el servicio. En este punto he hecho entrar un segundo señor, buscando también algo o a alguien... Luego un tercero. Con esos tres personajes, reducidos a dos cuando uno de ellos se ausentaba, hilvané un diálogo casual y vacío, típico de quienes no tienen nada que decirse.

Se diría que había perdido la apuesta porque al final del quinto día sólo había cumplido el setenta y cinco por ciento del compromiso; es decir, había escrito tres de los cuatro cuadros de los que hoy se compone la obra. No teniendo ningunas ganas de completarla y teniendo mientras tanto otras cosas que hacer, abandoné el proyecto con la intención de meterle encima una piedra y no volver más sobre ella. Aunque en el fondo me fastidiaba haber perdido tanto tiempo para tan poca cosa. Así que puse en práctica uno de esos juegucitos con los que de vez en cuando me burlo del papanatismo de las gentes de teatro de Italia, siempre dispuestos a admirar cualquier latazo con tal de que venga de Londres, de Nueva York o de París. Así que titulé el texto *Three men without a boat* o sea *Tres hombres sin barca*, lo atribuí a un fantasmagórico Alan Bond, australiano, residente en Londres desde hacía cuarenta años, que venía con frecuencia de vacaciones a Italia y gracias al ordenador «inglés» rápidamente todos los nombres, permitiéndome alguna que otra refinada travesura, como por ejemplo la de pedir perdón por ciertos juegos de palabras italianas, dada la imposible traducción del juego de palabras original, pero de las que daba amplia relación en doctas y densas notas a pie de página. Todo acabo en un cajón de mi archivo personal en dónde guardo todas mis «traducciones del inglés».

Unos meses después, Franco Graziosi, el extraordinario protagonista de tantos montajes de Strehler, me pidió algu-

na cosa para leer. Además de otros originales (recuerdo *Deathtrap* de Ira Levin y *Cécile ou l'école des pères* de Anouilh) le pasé también el texto incompleto, sin darle la menor importancia, diciéndole que ni siquiera había terminado de traducirlo, tan extraño e insensato me parecía. Al día siguiente Franco Graziosi me telefoneaba, entusiasmado, casi trastornado, diciendo que no había leído en los últimos veinte años nada tan divertido y sorprendente. Hablaba, ya lo habrán supuesto de *Three men without a boat* y me animaba a terminar la traducción del cuarto acto y a mandársela inmediatamente. Me preguntó cómo terminaba la comedia y yo, cogido de improviso, recuerdo haberle dicho cualquier cosa sobre un frigorífico que se abría y que empezaba a vivir ...

De cualquier manera terminé la traducción escribiendo en otros dos días el cuadro que faltaba. Después, naturalmente, no pude renunciar a la satisfacción de decirle que yo era el autor de la obra: y debo decir que, contrariamente a lo que después iba a suceder con otros actores, la noticia no cambió su juicio ni su entusiasmo. A él le debo un cirio y un himno de gratitud. Haciendo circular la obra, siempre con el traje inglés, me di cuenta de que gustaba mucho a los actores, lo que me hizo recordar a Carlo Goldoni que en su *Teatro cómico* pone en boca de un actor: «Para que una comedia divierta al público, ha de divertirme a mí primero.»

En la práctica *Three men without a boat* de Alan Bond, no tuvo más remedio que dar a conocer urbi et orbe la modesta realidad de comedia italiana de autor vivo italiano. Si a tanta aceptación no siguió la inmediata decisión de representarla se debía al hecho de que a la comedia le faltaba un protagonista absoluto: y son pocos los primeros actores italianos que acepten un protagonismo compartido a no ser, claro está que se trate de *Esperando a Godot* de Becket. Representada al fin con el título de *Tre sull'altalena* (*Tres en un trapecio*) en el Teatro dei Filodrammatici de Milán el 10 de Julio de 1990, obtuvo de inmediato un gran éxito de crítica y de público siendo repuesta por la misma compañía, tres temporadas consecutivas, caso bastante raro en Italia. En 1994, otra rara circunstancia, es repuesta por el Teatro Carcano, con una puesta en escena más importante y un reparto más atractivo. Mientras tanto, -y se trata para quien no lo sepa de un indudable signo de gloria- entró en el repertorio de las compañías *amateurs* que le dieron tres diversas ediciones en un año. También iba creciendo el interés del extranjero: fue traducida al ruso (y publicada en la revista *Teatr*), al inglés y al francés, lengua en la que se representó en el festival de Avignon de ese mismo 1994 y después en París.

Pero ya basta de anécdotas. En un plano más interesante y menos banal, el génesis y el desarrollo de la comedia se prestan a otras consideraciones. Personalmente he sido el último en reconocer a la obra aquellas cualidades que les parecieron evidentes a los críticos y que tenían un evidente impacto en el público. Contento por este éxito y dispuesto a reconocer que había escrito una obra «importante», me queda en lo más profundo de mi mente una cierta desazón por el hecho de que la que, según se ha escrito, es quizás «mi mejor comedia» haya nacido de una apuesta para escribir cualquier cosa, con el único propósito de conseguir una obra en la que no se dijera nada de nada. Como si dijera, que el pensar me

perjudica, y que, si debiera escribir cualquier cosa mejor es que no me caliente la cabeza, que no tenga el menor contenido, que encienda el ordenador y ¡hala! que vaya tirando adelante, como diría el Capitán Bignogiari, a toda leche.

La tesis que planteo para evitar esta descorazonadora y mortal conclusión, es la siguiente: ¡En realidad no es posible escribir sin decir nada! (y este es el segundo motivo por el que he tomado la decisión de escribir lo que antecede). La exclusión, a priori, de cualquier proyecto narrativo, sin un tema, sin la menor voluntad de demostrar algo, te sitúa en una situación de absoluta «inocencia», de absoluta «ingenuidad». Pero lejos de ser una limitación esta situación hace que todo tu ser esté disponible y no sólo aquella pequeña parte de ti comprometida con la historia que hay que narrar o la tesis que hay que demostrar. Escribir la primera acometida es -aparentemente- una pura casualidad. Pero la anécdota por mas ínfima que ésta sea es la única cosa que no se le puede pedir que invente el ordenador. Y esto de escribir al tun tun es, paradójicamente, una garantía de incorruptibilidad y desinterés. Yo no quiero decir que el impulso con el que se inició *Tre sull'altalena* haya tenido el carisma misterioso de «Al principio Dios creó el cielo y la tierra» con lo que empieza un best seller muy distinto. No obstante un personaje que saca la cabeza en una habitación preguntando «¿Se puede pasar?», hace el gesto y pronuncia las palabras más banales y vulgares que se pueda imaginar, pero al mismo tiempo más significativas y emblemáticas que aquella frase de *Donna del paradiso* del inicio de la *Lauda XCIII* de Jacopone di Todi y de toda la literatura dramática italiana.

La anécdota poco a poco se convierte en necesidad. Y el acto de fe, laico y racional, del Profesor Saponaro, antes de caerse de la silla y romperse los pantalones, es un poco lo que acontece en *Tre sull'altalena* donde los golpes se suceden al principio con una gratuidad, que precisamente por ello le libra de cualquier juicio de mérito o de conveniencia; pero que poco a poco se van instalando en el terreno de una temática que sin tener ninguna función práctica, sólo puede tener una función absoluta. Como en una estructura difuminada de Prigogine, la ley de la entropía cambia de signo y el caso se convierte en la más férrea necesidad, a la luz de una evidente teleonomía. Si la señora Annalisa, si el funcionario de la editorial Minerva, si el señor Anselmi no llegan, los únicos personajes que se pueden encontrar son Dios, la Muerte, la Vida, el Destino y así sucesivamente.

Y si no hay absolutamente nada de que hablar, los únicos temas que se pueden discutir son «los temas fundamentales de la existencia»: vida y muerte, exactamente libertad y opresión, ciencia y misterio, razón y fe ...

Un ejemplo significativo de cómo la acción fue determinada y desarrollada por la tipología de los personajes. En esencia, en toda historia que se narra, el primer personaje que aparece es un hombre cualquiera. En mi mundo, en mi educación, en mi formación socio-cultural, el hombre más cualquiera no podía ser otro que un burgués de la clase media: pequeño industrial o dirigente de pocos vuelos, inserto en una realidad productiva, con una aventura, símbolo de su tipología, es decir una pequeña evasión extra conyugal. El segundo personaje tenía que ser otra cosa: es un capitán. El tercero, debía ser diferente de los otros dos: es

un profesor. El cuarto, diferente de los tres, será un simple hombre (o mujer) del pueblo: un proletario.

Pero la elección casual de esos personajes fue a coincidir, con toda naturalidad, con la fundamental individualización que representan las máscaras de la comedia del Arte. En las que, como es sabido, el pueblo del medioevo italiano individualizó las cuatro columnas fundamentales de la sociedad, tipificadas en el Mercader, el Doctor, el Capitán y el Siervo, o sea la fuerza del dinero, de la sabiduría, de las armas y del trabajo manual. Cuatro personajes que describen de un modo exhaustivo la estructura de una sociedad relativamente primitiva, que hundan sus raíces en el antiguo Egipto, vuelven a encontrarse en las castas hindúes y en la tradición del Extremo Oriente (Cina y Giaponne) y que sobreviven evidentemente en los naipes, donde hay cuatro palos: oros, copas, bastos y espadas, (o carros, pics, corazones y tréboles que no son más que su estilizada reproducción).

Se trata evidentemente de cosas que yo tenía dentro y a las que he dedicado, y sigo dedicando horas de estudio, y sobre las que estoy escribiendo hace treinta años un mastodónico drama, demasiado conceptuoso, querido y programado: uno de aquellos desafíos irrepresentables a los que todo autor dedica su tiempo perdido con el que, en el fondo, intenta rivalizar con la *Divina Comedia* o el *Fausto* de Goethe. Y probablemente todo esto creó el sustrato del que ha surgido, de una manera totalmente involuntaria y casual, la fantasía que estaba preparada para escribir sin decir nada.

Luego, una vez aparecidos, los personajes se han movido como por una lógica e inevitable reacción química: El Sr. Rossi, con su certeza y su mediocridad, el Capitán con su obtusa impenetrabilidad, el Profesor con su voluntad racional: todos por ciertos aspectos de mi modo de ser, ninguno con contradicciones improvisadas sino que cada cual se comporta con los demás con su propia estructura psicológica, creando ellos mismos y desarrollando sus propias situaciones como finalmente con aquel *Hombre (o Mujer) de la limpieza*, tan inquietante en su simplicidad que les hace sospechar que se trate, nada menos que del Juez Supremo. Poco a poco a medida que la comedia avanzaba, resultaba cada vez más claro el sentido de la misma y la casualidad iba cediendo el paso al control técnico y al oficio. Sin embargo, aunque el oficio se iba imponiendo, sin darme cuenta, a la improvisación inicial, terminé el primer cuadro sin saber qué iba a ocurrir en el segundo, dejando que el capitán contase su historieta sin imaginar cómo iban a reaccionar los demás; incluso después de la salida de la *Mujer de limpieza* no había decidido con qué solución iba a terminar la obra, que como es obvio no admitía soluciones. Por fin salió como una especie de «Moralidad» laica y moderna (no muy distinta de los *Morality plays* religiosos medievales) en la que una humanidad tipificada, como ya se ha dicho más arriba, afronta la idea de la muerte con un nivel expresivo que recuerda las discusiones del Bar Sport.

En relación a este epílogo y en particular al mundo del teatro y a su funcionamiento, algunas observaciones de carácter general: puesto que amo demasiado aquel mundo para contentarme con haber escapado gracias a una comedia bien nacida y bien crecida. Esta experiencia me confirma en la convicción de que el teatro italiano, que siempre tuvo fama de ser un teatro pródigo en talentos e ideas es, a

pesar de estar sostenido por el erario público en una medida medianamente superior a sus méritos, no está mínimamente preparado para descubrir no sólo una buena comedia sino ni tan siquiera una obra maestra, (aunque cumple su cometido en lo que se refiere a la divulgación de la dramaturgia y de la cultura italiana en general). Muy distinto de lo que ocurre con el fútbol, donde un muchachito que sepa darle un poco al balón, es rápidamente reconocido por los técnicos del Inter o del Roma, mientras que el teatro italiano, público y privado no sólo no tiene ningún interés en la aparición de nuevos valores sino que ni siquiera se interesa por los textos que les caen en las manos. Los teatros estables sólo persiguen una actividad de fachadas; a los teatros privados sólo les importan los éxitos de Broadway o París; los grandes actores rivalizan entre sí con el enésimo «Placer de la honestidad» o «La Posadera» o a lo más, representan en Italia con puntual servilismo las obras elegidas por los grandes actores o actrices extranjeros de los que se sienten sus equivalentes italianos. Están, o estarían, los concursos: pero muy pocos, si es que hay alguno, que sus resoluciones no estén predestinadas por grupos de poder o por amistad o por consideraciones geo-políticas (como es el caso del Premio IDI, acusadamente romano-céntrico). Por lo tanto el prestigio de esos concursos es nulo por lo que (muy justamente en este caso) no hay empresario ni actor que se apresure a pedir los textos premiados o finalistas.

La fortuna de *Tre sull' atalena*, por lo menos en su estreno, se debe únicamente al hecho de que yo vivo y trabajo en ese ambiente y por eso tuve ocasión de aprovecharme de ciertas ocasiones, de sacar ventaja de determinadas amistades o relaciones de trabajo. Aunque aquí el tema haya jugado un papel importante, nada hay que garantice un mínimo de meritocracia. Los caminos normales en Alemania o en Francia (enviar el texto a personas o a concursos) no tuvieron en mi caso el menor éxito. Antes de su puesta en escena, el único concurso al que envíe el texto (el premio Flaiano) tenía ya su ganador y a las dos personas del jurado que les pregunté, ni siquiera lo habían leído. Franco Graziosi aún está esperando una respuesta de Giorgio Strehler a quien le dio el texto en 1989 y yo ya he desistido de pedirle una respuesta a Lucio Ardenzi (máximo exponente del teatro privado) a quien se lo envié más o menos en el mismo período. No es muy distinta la situación del premio que el IDI (Instituto del Drama Italiano) concede a las comedias representadas. *Tre sull' altalena* no fue tomada en consideración en 1990 porque la comedia no había sido representada en Roma, y no fue tomada tampoco en consideración en 1991, después del estreno en Roma, porque ahora ya pertenecía al año precedente.

Todas estas consideraciones no tienen el tono de lamentación (que no es mi cuerda) sino el de una fuerte y desinteresada protesta. Por lo demás, en un tejido teatral en el que Italo Svevo sólo fue representado una vez, durante su vida, yo soy un autor afortunado y *Tre sull' altalena* ha caminado y sigue caminando estupendamente. Cuanto he escrito, es válido sobre todo para los demás, de los que ni siquiera sabemos el nombre y para los textos -hermosos, interesantes, poéticos, violentos, actuales- que duermen en los cajones mientras que las programaciones de los teatros italianos se reducen al restringido círculo de títulos clásicos, cada vez más parecido al congelado repertorio de la ópera.